
3 1761 07309208 2

JAVIER VIAL SOLAR

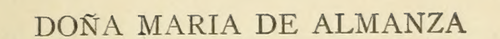
DONA MARIA DE ALMANZA

Romance del Siglo Dieciocho



SANTIAGO DE CHILE
TALLERES GRAFICOS DE "ZIG-ZAG"

1914



DOÑA MARIA DE ALMANZA

DEDICATORIA

A mis hermanos Pedro Beltrán y Augusta Espantoso de Beltrán.

J. V. S.

OBRAS DEL AUTOR

Los Tratados de Chile.—T. I.—La Colonia.

Los Tratados de Chile.—T. II.—La Independencia.—Factores externos.

Los Tratados de Chile.—T. III (en preparación).—La Independencia.—Factores internos.

La Revolución Chilena (Gil Juan).

El Problema del Norte.

Páginas Diplomáticas.

JAVIER VIAL SOLAR

DOÑA MARIA DE ALMANZA

Romance del Siglo Dieciocho



SANTIAGO DE CHILE
TALLERES GRAFICOS DE "ZIG-ZAG"

1914

PRELUDIO

¡Lima, ciudad placentera,
Donde entre risas y flores
Va la vida de ligera,
Pidiendo a nuevos amores
Lo que pasara y se fuera!

¡Corte de damas gentiles
Y galantes caballeros,
Cuyos floridos abriles
Juegan de amor prisioneros
Entre cadenas sutiles!

¡Teatro de la alegría,
Donde hasta el que rige y manda
Se mezcla en la algarabía
Del que se divierte y anda
De rabel y chirimía!

¡Ancha plaza en que se juntan
Cien complicados senderos,
Por los que todos preguntan
Cómo se gastan dineros
Y a buenas suertes se apuntan!

¡Fandango en que bailan todos
Y el que no baila es un tonto,
Si sabe por claros modos
Que la vida acaba pronto
Sin compases y acomodos!

¡Lima, ciudad placentera,
Donde el señor y el pechero,
La marquesa y la portera,
El cholo y el caballero
Dicha goza y gloria espera!

EL CARNAVAL

I

Llegaron los chalilones
Y sus días de locura,
En que guizando razones
De estrambótica soltura
Con salsa de maravillas,
Por calles y callejones
El Carnaval su bonete
Bordado de campanillas
Hace sonar y arremete
Contra todo matasiete
Que se le planta delante
Y que en su estulticia ignora
Que tiene la risa ahora
Más gobierno que un gigante.

II

Vivo toque de alegría
Echa a todos de sus casas
A las calles y las plazas,
Como si la luz del día
Fuera esfervescente vino
Que en espumas se subiera
Por desvariado camino
De la bota a la cabeza
Y larga cuerda les diera
Para saltar de la mesa.

Nadie en su cueva se queda,
Ni el liciado ni el tullido
Que por pies ajenos rueda;
Ni el rico ni el descosido
Que con remiendos remeda
Mejor condición y estado;
Ni el feliz ni el desgraciado
Que la fortuna aprovecha
En pequeño o ningún grado;
Ni el cholo ni el chapetón,

Ni el zambo ni el perulero;
Que en revuelta confusión
Cada cual penas desecha
Y como gran cocinero
O galopín marmitón
Hace ensalada y puchero
De vicio y de perdición
Y es en su arte el primero.

En la vasta saturnal
Que ciega, arrastra y empuja
A todos y a cada cual
Con vil licencia seduce,
He ahí al cholo que dibuja
Aires de noble, y blanqueado
Color el zambillo luce,
Y andrajos de pordiosero
Muestra el que busca en la usura
Interés de su dinero,
Y usa guantes remendados
Quien en dedos aguzados
Lleva uñas de tesorero,
Y esconde el aire y la cara
El que por crudos amores
Humilla su estirpe clara,
Y no hay quien de su figura

No haga postizo y careta,
Para llegar a la meta
Del placer, hasta la hartura.

III

La noche trae otro día,
En el que con nuevo aliento,
Aunque aliento trasnochado,
Y más ansiosa alegría
Y más vivo movimiento
Y cínico desenfado
Todos se lanzan ufanos
A meter ojos y manos
En el círculo endiablado.

Cual si influencias prodigiosas
En artes de hechicería
El mundo hubieran tocado,
Arrojando hombres y cosas
A un manicomio sin puertas
Y de lleno desbordado,
Las calles y los caminos,
Como hormigueras abiertas,

Bullen de orates perdidos
Que en desordenada danza
Y juegos de desatinos
Se sienten acometidos
De un delirio de alegría
Que el más alto punto alcanza
En grado de loquería.

Aire y tierra y agua y fuego
Riñen colosal batalla,
Como si fieros bregaran
Con furor rabioso y ciego
Y por ganar en el juego
Unos a otros se arrojaran,
Contra el aire la metralla,
El polvo afrentando al cielo,
La lluvia enlodando el suelo,
Y en tan revuelto alboroto
De las cosas y los seres
Hombres, niños y mujeres
Bailando en un terremoto.

Nadie es, pues, el que antes era,
Manso y honrado vecino
Contento de que lo hiciera
Dios de escoria o metal fino,

Si ya en dos días de gloria
Se mira al aire subido
Y a las nubes encumbrado,
Luciendo la ejecutoria
De mentecato perdido
Que el diablo le ha regalado.

IV

El tercer día ya asoma,
Y el rubio Febo, alumbrando
Los bellos campos del cielo,
En su carro de oro toma
Alto asiento y, contemplando
La mezcolanza del suelo,
Gozoso sobre él derrama
Su ardiente luz que convida
A los hombres y los llama
A las fiestas de la vida.

La multitud apiñada
En balcones y portales
Y calzadas y veredas,
Luego fija la mirada
En la distancia, señales

Al ver de carros y ruedas,
Donde en andas levantada
Avanza la mojiganga
De tipos y figurones
Que, como en festejos reales
De juegos y de charanga,
Al pueblo con sinrazones
Hacen reir, celebrando
Sus miserias o llorando
El fin de los carnavales.

V

Bajo una lluvia de flores
Que en diluvio de colores
A cada momento crece,
Carnavalón aparece
Rodeado de los señores
De su corte celebrada
Que mandan que a carcajada
Todos rían y se abracen,
So pena si no lo hacen,
Aunque no sea de muerte,
De alguna otra parecida
Que les obligue en la vida

A privarse de la suerte
Que a la risa les convida.

Turbia gente alborotada
Llena la estrecha calzada,
Rodeando el carro dorado
De aquel monarca adornado
Con todos los atributos
De la gloria sonajera
Que llantos penas y lutos
No admite en su reino ahora,
Porque en él tan sólo impera
La dicha como señora.

VI

En trono de blanca plata,
El Monstruo de la Alegría
Sigue después, y delata
Su grandeza y su hidalguía
Porque la bolsa desata
Y de ella o lo que contiene,
Tesoro que no se acaba,
Reparte a todo el que viene
Y ante él de digno se alaba
De tener lo que no tiene.

Llueven monedas de cobre,
Que si no curan al rico,
Son medicina del pobre
Que hace zurcidos de chico
Con lo que al grande le sobre;
Caen confites de espuma
De dulzaina y caramelo
Que al que los pruebe y consuma
Exciten un vivo anhelo
De gustar mieles del cielo;
Vuelan rojos papelillos
Que dan sustos soberanos
Al romperse en los bolsillos
O estallar entre las manos
De chiquillas y chiquillos;
La mar, en fin, de mil cosas
Que regalan los sentidos
O hacen reir con chistosas
Suertes o chascos surtidos.

¿Quién, pues, la dicha no alcanza
A imaginar alcanzada,
O la mejor esperanza
No considera lograda,
O lo que entre sueños sueña,

Como una ilusión querida,
No ve que con cuerpo y seña
Toma carne y alma y vida?

VII

Pero, allá viene asomando
El Capellán de la Gloria,
Con grave unción predicando
Cómo la vida acabando
Va en mísera y vil escoria.

"Todo es, pues, de tan mal paño,
Exclama, que ya no hay nada
Que no sea torpe engaño
Del casado a la casada
En cada día del año;
Del soltero a la soltera
A quien vestirse le jura
La casaca de gorguera,
Si el diablo no se opusiera
A una dicha tan segura;
Del viudo que a la difunta
Prometió que en un convento
Se entraría, y muy contento

De sus pecados apunta
Ahora cifras de a ciento;
De todo, en suma, el que manda
Y estruja al que le obedece,
Y del vino que apetece
Cuela para sí en zaranda
Y al otro borras ofrece..."

"Malditos, que ya el momento
De llorar la truhanería
Les ha de llegar, si es cuento
De verdad que la alegría
En tristeza al fin acaba,
Y el que marcha en compañía
De andar solo luego alaba
El placer con que él iría,
Y el que es gordo se enflaquece
Porque al fin nadie le fía
Y al ayuno se guarece,
Y todo en ley de tristeza,
De miseria y de flaqueza
Va a concluirse en la muerte
Que a cada uno su suerte
Fija según lo merece".

VIII

Cuadrillas de camaleros
Y chalanes y toreros,
Gente recia y advertida
En juegos de plata y oro,
Que bebe bien y vestida
Anda de capa de coro,
Van el sermón celebrando
Y sus dichos apuntando
Por ciertos y valederos.

¿Acaso por Lima ahora
No anda Don Luis de Almenara,
Dicen, tan fresco de cara,
Cual si mano vengadora
La honra no le cobrara?"

"La que víctima inocente
Fué de sus daños y males
Lleva abatida la frente
Al peso de penas tales
Que llorará eternamente."

"¿Y nadie habrá que pretenda,
Como bueno y caballero,

Castigar al altanero,
De modo que ya no ofenda
Su desplante al mundo entero?"

"Así va el mundo y, por cierto,
Si no se ha de corregir,
Que será mejor reir
Y gozar antes de muerto
De la gloria de vivir."

IX

Tras de ellos marcha arrastrada
Multitud de mataperros,
Que con pitos y cencerros
Forman la horrible algarada
De un rebaño de becerros
Que durante un año entero
No hubieran nunca berreado
Y ahora en motín alzado
Saliéranse del chiquero
De golpe precipitado.

Parece nube volada
Que por el viento impelida

Viene de lejos cargada
Con la peste peor nacida,
O langostina avenida
Que talados alfalfares
Dejó en busca de lugares
De provechosa roída,
O atrevida inundación
De polilla de calzón
Que huyendo de su hormiguero,
Para hacer gloria y puchero
De todo, ahora quisiera
Devorarse a Lima entera.

¡Dios libre a quien no se aviene
A ser de la vil bandada
Comistrajo y no previene
Defensa segura y cierta,
Alzando frente a su puerta
Gruesa y alta barricada
Con que de recia asonada
Quede amparada y cubierta!

X

Entre fuegos de cohetes,
Estallan por todas partes

Mil bombas de coloretes
Lanzadas con finas artes
de misteriosos retretes;
De azoteas y tejados
Y de puertas y balcones
Saltan duros cascarones
A caer despedazados
En cabezas de mirones;
El juego trae la lucha,
La lucha trae el combate,
Todos gritan, nadie escucha,
Cada cual a disparate
Tira recio, aunque se mate,
Y al fin en casa de locos
Se transforma el mundo entero,
Donde el sentido ya huero
Se refugia en unos pocos
Que al fin redúcense a cero...

XI

Con la hora de la tarde
Aún crece más la medida
De la locura aturdida,
De modo que al fin todo arde,

Como en hoguera encendida
En la que Lima se inflama,
Hasta que el diablo vestido
Con calzas de fuego y llama
Haciendo viene el barrido
Y con su escoba de rama
Barriendo largo y tendido.

XII

¡Se fueron los chalilones
Con su careta de risa,
Y no hubo liso ni lisa
Que no cerrara balcones
El Miércoles de Ceniza!

NOCHE OBSCURA

I

Tranquilos pasan los días
De Cuaresma y de Pasión,
En que a vanas alegrías
Que turbaran la razón
Sucede un santo sosiego,
Donde con suave insistencia
Oye el alma el tierno ruego
De una voz que la conciencia
Obscura, desamorada,
Vuelve a la luz, al sentido,
Como al alba en que sintiera
La hora en que amaneciera
Sonámbula desvelada
Dentro de un cuerpo dormido.

II

Así llega al Jueves Santo,
En que de luto vestida
Va de Lima de saya y manto
Y en tarde de arrepentida,
Buscando a Aquel que olvidado,
Mas que ya desenojado
De la injuria que le hiciera,
Viendo su rostro cuitado
Bajo de techo la espera.

III

¡Magdalena abandonada
Al oprobio del pecado
Y de tu bien olvidada,
Renegando ya un pasado
De humillación y vergüenza,
Vela tu rica hermosura
Con manto de penitencia,
Un sayal por vestidura
Toma y el llanto en los ojos

Ten, porque tu dueño advierta
El dolor que borra enojos
Y a tu paso abra su puerta!

IV

¿Por qué entre espinas y abrojos
Tanto tiempo has caminado
Sin que advirtieran tus ojos
Que en el sendero quebrado
Iba tu pie desgarrado
Pisando tristes despojos
Del mismo bien deseado?

V

Marchita, desencajada,
Quien te miró y quien te mira,
Ayer bella y regalada
De cuanto la dicha aspira
Y hoy infeliz pordiosera
Que pide donde no hay nada,
Tan sólo amarte pudiera
Quien vió tu gloria pasada.

VI

Si el amante que te amaba
No te abre otra vez sus brazos,
Si el pastor que te guiaba
No te retiene en sus lazos
¿Quién habrá que condolido
De ver tu dicha en pedazos
Te traiga a lecho mullido?

VII

En su cámara te espera
Quien la lámpara encendida
No ha apagado, porque fuera
Guía de noche perdida
Que siempre y aún desde lejos
Vieras te estaba mirando
Y con suaves reflejos
Entre las sombras llamando.

VIII

¡Torna, pues, porque el rocío
Del relente húmedo y frío
Que cala tus vestiduras
No haga más largas y duras
Las penas de tu desvío.

MISERERE

I

¿Quién camina a paso lento,
Como fantasma arrastrada
Por incierto movimiento,
Y con voz casi callada
Murmura y con sordo acento
Una oración angustiada?

II

¿Quién allá lanza un suspiro
De larga y profunda pena,
Que parece en hondo giro

Escapar de una alma llena
Que pide a débil respiro
El aire que la serena?

III

¿Quién acá exhala un gemido
Desgarrado de amargura,
Cual si en el pecho oprimido
Sintiera la mordedura
De un áspid embravecido
Que el corazón le tortura?

IV

Es todo un pueblo entero y triste
Que de compunción llevado
Muestra en el duelo que viste
Las angustias de su estado
Y a su pena no resiste
Si no es de ella rescatado...

V

Turbia niebla va subiendo
Del Rimac que lentamente

Arrastra escasa corriente,
A la ciudad envolviendo
En su hálito inclemente.

VI

Bajo ese obscuro velo,
Lenta procesión marchando
Camina apenas, el suelo
Con sus lágrimas regando,
Detrás de un Cristo que al cielo
Mira, perdón implorando.

VII

De sayal de penitentes
Allí van los que pecaron
Contra Dios y sus presentes
Y sus dones desdeñaron,
Siguiendo por las corrientes
Del demonio que buscaron.

VIII

El que robó a sus hermanos
El bien de la escasa hacienda,
O por ardides livianos

De menguada componenda
O por audacias de manos
En atrevida contienda.

IX

El que a inocente doncella
Burló en su honor y su suerte,
Sólo por gozar en ella
El placer extraño y fuerte
De convertir la flor bella
En paveza vil e inerte.

X

El que en obscura guarida
Oficios de bandolero
Ejerció y a la vencida
Víctima con rostro fiero
Arrancó por honda herida
La bolsa de su dinero.

XI

El que a Dios con torpe acento
Injurió, sin que temiera,
Necio, en su orgullo violento

Ofender a quien pudiera
Apresurar el momento
De la justicia severa.

XII

Todos en confuso bando,
Sus tristes pasos midiendo
Y sus pecados llorando
Y penitencias haciendo,
Marchan, a voces clamando
Piedad y perdón pidiendo.

XIII

Himno profundo y lloroso
De sombrío miserere,
Cuyo ritmo cadencioso
Dice del alma que muere
El tormento doloroso
Que la castiga y la hiere.

XIV

"¡Perdón y piedad, Dios mío,
Que tu divina indulgencia

Alcance al que necio e impío
Se apartó de tu presencia!"

XV

"¡Grandes fueron mis pecados,
Tan grandes que no pudieran
Ser ya jamás perdonados
Si justicias exigieran!"

XVI

"¡Ríos de aguas no bastaran
A lavar manchas y afrentas
Que sólo limpias quedaran
Si tú borrarlas intentas!"

XVII

"¡Ni aún el fuego del infierno
Tantas culpas alcanzara
A vengar, si un soplo eterno
Sus llamas no alimentara"!

XVIII

"¿Dónde, pues, hubiera puerto
De alivio a nuestro pecado,
Si ante juez seguro y cierto
Llegara a ser condenado"?

XIX

"¡Pero, en tu gracia infinita
Todo bien, Señor, se alcanza,
Si es mar que sólo limita
La playa de la esperanza!"

XX

"¡Perdón y piedad, Dios mío;
Piedad; perdón; indulgencia;
Para el necio y el impío
Que clama gracia; clemencia!"

XXI

Llorando pasa y se aleja
La multitud penitente,
Que a la distancia semeja
Turbión de larga corriente
Que a su paso triste deja
Rumor confuso y doliente.

DON LUIS DE ALMENARA

I

Todo Lima ha recorrido
Don Luis en tan santo día
I fatigado, rendido,
Se siente, aunque no vencido
En jornada tan impía.

II

Cazador que conociera
El monte como él no había,
Si entre matas no existía
Soto, cueva o madriguera
Donde lazos no pusiera.

III

Pero, esta vez, impaciente
Tras de ligera paloma
Que, enseñada de prudente,
A su vista no se asoma,
Pierde el tiempo vanamente.

IV

Aunque para ello ha ensayado
Agudo lebrel que ladre
Al divisarla o pagado
De celestina comadre
Ayuda para el pecado,
Trabajo inútil ha sido
El de su tenaz intento,
Pues que sólo ha conseguido
Hacer más y más violento
Deseo audaz y aturdido.

V

Calles y calles andando
Entre el obscuro gentío

Que va a su lado pasando,
Pecador tenaz y frío,
Sigue, con todo, esperando.

VI

"¡Cuánto tiempo hace que sigo
En esta loca porfía,
Dice hablándose a sí mismo,
Y sin embargo prosigo;
Que algo me asegura y fía
Que, aunque sea en un abismo,
La hallaré... ; pues no he traído
Desde Potosí el intento
De encontrarla, perseguido,
De tan tenaz sentimiento,
Para sólo recordarla
Y, como necio, mirarla
Guardada en mi pensamiento!"

VII

"Fué como esta noche aquella,
Luego agrega suspirando,
Cuando a mi tierna querella
En lazo enredado y blando

Ella cayó y ya cogida
Quedó aleteando, ignorante
De que es trampa sin salida
La que dispone el amante
A la paloma caída."

VIII

"En una alegre mañana,
Flor que conserva el rocío
De la hora fresca y temprana
Era cuando, cruel e impío,
Del rosal en que entreabría
Su corola sonrojada
La tomé, y aunque sabía
Que en seguida deshojada
De mis manos caería."

IX

"De cuantas en el camino
De mi tragediosa vida
Conocí y amé, ninguna
Por su rostro peregrino

Y su gracia apetecida,
En tal grado y tal manera
La gloria de mi fortuna
Llegó a ser lo que ella fuera."

X

"Por los jardines de amores
Corriendo de travesura,
Cien veces fuí a buscar flores
Que con su fresca hermosura
Fueran tentación y halago
De mi incansable locura,
Y en lances varios me viera
Probando en destino aciago
Más bien que placer estrago,
Más que realidad quimera..."

XI

"Si un libro acaso escribiera
De esas livianas historias,
Por que mis penas y glorias
Alternara el que leyera,
Un viento frío borrara
Luego letras y figuras

Y en sus páginas dejara
Sólo un episodio aislado
Entre tantas aventuras."

XII

"De un nombre sólo ha quedado
En mi alma una hermosa huella,
Divinamente grabado...
El nombre tan sólo de ella,
Que con suave y dulce queja
Suena trémula en mi oído
En una voz que se aleja
en un pasado perdido."

XIII

"Ahora mismo que buscando
Voy la seña de su paso,
Si me detengo es soñando
Que sobre sedoso raso
Su pie resbala pasando;
Que de jazmines y rosas,
Si siento el suave aroma,
Es su embriagador aliento;
Que entre las cien y graciosas

Mujeres que el sentimiento
Evoca, el rostro ella asoma;
Que aún me mira y aún me ama
En el secreto escondido
Del pecho, donde la llama
De vivo fuego encendido
Arde y se anima e inflama
El corazón oprimido..."

XIV

"Sí; de todas las que he amado,
Sólo ella queda, cual era
En aquel hermoso día
En que, divina, hechicera,
Hablándome me decía
Con sus ojos, con sus labios,
Cómo el tiempo no sentía
Cuando a su lado yo estaba
Y cómo eran los momentos
Horas de duros agravios
Y de celosos tormentos
Si a su lado no me hallaba."

XV

Así recordando ansioso
Venturas de su pasado,
Marcha don Luis afanoso
Entre el inmenso gentío,
Sin ceder ánimo y brío
A su cuerpo fatigado.

XVI

Cruza el puente sobre el río,
Dejando atrás ese mundo (1)
Donde acaba el señorío
Del que al amor vagabundo
Regala lo tuyo y mío.

XVII

Allí no hubiera escondite
De gente aviesa y liviana
Que de enredos entendiera
Y de mentira y jarana,

(1) El barrio norte de la antigua Lima y que aún hoy guarda fama de arrastrados y amorosos lances.

Donde no hiciera convite
Y proposición no hiciera
Por encontrar algún guía
Que en tiniebla tan cerrada
Paso abriera a la porfía
De su esperanza frustrada.

XVIII

¡Inútil y vano empeño,
Que ya le está pareciendo
Propio de aquel que no es dueño
De su sentido y siguiendo
Va la mentira de un sueño!

XIX

A la calle de Palacio
Llega y con forzado brío,
Que no acepta ajena ley
Y es a la propia rehacio,
Se abre paso entre el gentío
De la religiosa grey
Que por calzada y vereda
Va avanzando lentamente,
Sin que, al intentarlo, pueda
Escapar de aquel torrente.

XX

"Otro tiempo aquí la viera,
Dice, cuando de mantilla
Caminaba de ligera
Al templo, en que de rodilla
Oraba, porque le fuera
Por la Virgen perdonado
Aquel ardiente pecado
Que su virtud consumiera..."

XXI

Luego, torciendo argumentos
De lo que vió y ahora mira,
Como la cabra que tira
Al monte, sus pensamientos
A otros términos gira.

XXII

"De ese tiempo al que ahora pasa,
Qué cambios y qué mudanzas,
Si la que entonces vivía
De ilusiones y esperanzas

Hoy día a un santo se abraza
Y para vestirlo a usanzas
Del cielo, sola en su casa
Trabaja de noche y día..."

XXIII

"Como arrastrada tiniebla
Que a todo Lima envolviera,
Se obscurece el aire y puebla
De fantasmas de tristeza
Que doblada la cabeza
Van buscando por doquiera
Una moneda perdida
Con qué pagar el pasaje
Del barco en que se hace el viaje
A la playa de otra vida."

XXIV

"Aquella alegre franqueza
De la gloria del placer
En todo antes consentida,
No como torpe flaqueza
Del hombre y de la mujer,
Sino que hermosa partida

En que iban ambos buscando
La dicha por recoger,
Hoy se encuentra convertida
Por el teológico bando
Que dispone a su albedrío
Del cristiano sentimiento,
En vergonzoso elemento
De pecado y medro impío."

XXV

"Así todo trastornado
Se halla en claustro capuchino
De áspera regla, apretado
En el cilicio divino
De sombría penitencia,
Que el cuerpo y el pensamiento
Y la carne y la conciencia
Tiene para Dios guardados
Y a los diablos condenados
A vivir sin alimento
Y entre llamas abrasados..."

XXVI

"Inquisición debe haber
Ya y que tramite proceso

Al hombre o a la mujer
Que, por liviano embeleso
Atraído y arrastrado,
Deje el hábito ahorcado
En la celda y en el huerto
Señal de su fuga y cierto
Testigo de su pecado."

XXVII

"Ante aquel gran tribunal,
Donde fiero inquisidor
Lleva la ley del rigor
Hasta el pecado venial,
Porque es menuda semilla,
Dicen, de terrible daño,
Que el espíritu infernal,
Por singular maravilla,
Riega con astuto engaño,
Ya ella habrá comparecido
Sin duda alguna, e ignorante
Estará en caso afligido
De cuál será al fin su suerte,
Que así hasta el cielo triunfante
Puede en sus alas alzarla
O por desgracia arrastrarla
Al abismo de la muerte. . ."

XXVIII

"Pues bien, que en esta indecisa
Situación, en que precisa
No tardar, pues que pudiera
Ya el cielo estar reclamando
Su alma que de un ángel fuera
Antes que pecado hubiera,
Y el demonio argumentando
Por el cuerpo hermoso y blando
Que el pecado consintiera,
Llegue yo a tiempo y decida
Por la más sabia medida
De justicia, que en tal punto
Me sean a mí entregados
Alma y cuerpo concertados
En el más bello conjunto."

XXIX

Torpe e impía carcajada
Suelta y ahoga en su garganta
Don Luis, que no teme a nada
Ya, porque nada le espanta,
Sino es ver al fin perdida
En esta dura jornada
Su esperanza más querida.

NOCHE DE JUEVES SANTO

I

Siguiendo así su camino,
Al modo del que va y viene
Por mano ajena llevado,
Siente don Luis que el destino
Que le guía y le sostiene
En su afán, ahora le mueve
Por una angustia que rueda
En su cerebro agitado,
Sin que explicársela pueda
Y aunque a desecharla pruebe.

II

Aquel sordo movimiento
Que le sigue y le rodea,
Como en cambiante elemento
Que sus sentidos marea;
Aquella oración sin ruido
Que el labio casi callado
De todos pronuncia apenas;
Aquella voz sin sonido
Que de todas partes brota,
Como de unas almas llenas
De silencio; el desconcierto
Entre lo que siente y mira,
Dentro del pecho en que rota
Ve ya su ilusión que expira
Con un aliento de muerto,
Y por fuera esa agonía
De todo y en que la impía
Mofa cede al desaliento...
Le van al fin empujando
Adonde él ir no quisiera
De voluntad y arrastrando
Lejos de la obscura esfera
Por donde iba caminando...

III

¡Tal vez el postrer llamado
Es de quien muestra el sendero
Al que torpe y descarriado
Va de su bien apartado
A fatal derrumbadero!

IV

Junto al templo decorado
De mil luces que iluminan
El Sagrado Monumento
Y con sus llamas fulminan
Todo impío pensamiento,
Se encuentra al fin arrastrado,
Y ahí queda e inmóvil mira
Ese cuadro sorprendente
Donde en mística morada
Está el Dios Omnipotente,
Ante quien avergonzada
Toda grandeza se siente
Y a sus pies anonadada
Toda fuerza prepotente.

V

Un extraño movimiento
Sacude su alma atraída
Por intenso sentimiento...

VI

"Si el mismo Dios me convida.
Dice, a entrar en su palacio,
Propio de una alma torcida
O de un ánimo rehacio
A la ley de la hidalguía
Sin duda alguna sería
Que el convite rehusara
Y fuera de cortesía
A la puerta me quedara."

VII

En el seno misterioso
De la mística morada
Se escucha una voz que clama
Hacia el alma abandonada
Y con acento amoroso
Al hijo pródigo llama.

VIII

¿Quién al oirla supiera
Si luz, aroma o sonido
Es, pues hablando al oído
El sentido complaciera
Y a la vez en suave hoguera
Encendiera el pecho herido
Y al músculo desmayado
Goce de sus fuerzas diera
Con aliento regalado?

IX

Sin embargo en ese instante,
Como si fuese arrastrado
Por mano extraña, delante
De las puertas se detiene,
Incierto y acongojado,
Y piensa... que en otro día
Será mejor... y conviene,
Torciendo su pensamiento,
En que más le aprovechara
Dejar para otro momento
Acto de virtud tan rara...

X

Resuelto, pues, se separa
De allí y con mirada dura
Del templo vuelve la cara,
Y sigue tras insegura
Visión que no sabe dónde
Se halla, fugitiva sombra,
Mas que de lejos responde
Si enajenado él la nombra...

XI

Anda... Pero, ¿qué voz leve
Llega a su oído y tan quedo
Como de quien tiene miedo
Y acaso a más no se atreve?

XII

¡Voz de mujer que antes fuera
Regalo de los sentidos,
Cuando los ecos dormidos
De la tibia primavera
Despertaba y los livianos

Suspiros y los murmullos
De los céfiros perdidos
En los rosales cercanos
Y los süaves arrullos
De las aves en sus nidos,
Mientras el amor pasaba
Y en los aires sorprendidos
Sus ardores derramaba...!

XIII

"¡Don Luis de Almenara aquí!
Dice apenas ¡ay de mí!"
Y se calla, murmurando
Algo más, como apartando
Un puñal que la va a herir...

XIV

Don Luis levanta la frente,
Y entre la ligera sombra
De la mujer que le nombra
Y él contempla a un caballero
Que con aire impertinente
Allí se yergue altanero.

XV

"¡Don Pedro, dejadme franco
El paso, grita Almenara,
Porque os juro, cara a cara,
Si no lo hacéis, que os arranco
La vida, si no os bastara
Que os la diera perdonada
Por mezquina y por menguada!"

XVI

Y apenas pasa un instante,
Allí por tierra se viera
Manando sangre abundante
Herida que el pecho abriera
A don Pedro de Reguera.

XVII

La multitud que del templo
Sale, rodea al herido,
Comentando el triste ejemplo
De aquel crimen cometido
En tal lugar y en tal día,

Y que del cielo exigía
El castigo merecido
Que allí mismo se advertía.

XVIII

Entre tanto, el de Almenara,
Como desfogada fiera,
A quien nadie detuviera
Ni por su nombre llamara,
Del revuelto torbellino
Se retira y se separa
Y prosigue su camino.

DOÑA MARIA DE ALMANZA

I

Doña María de Almanza,
Desde su alcoba desierta,
Donde se fingiera muerta
Para cumplir su venganza,
Tocar ya mira a su puerta
El logro de su esperanza.

II

En la modesta vivienda
De una calle recatada,
Sin que ninguno comprenda
Quién es ni qué suerte airada
Allí la tiene guardada,

Tres años hace que espera
Del infiel y duro amante
La vuelta, y ansiosa fiera
Que desde su madriguera,
Codiciosa y anhelante,
Mira la presa aún distante,
Tan sólo para el intento
Que la anima y la sostiene
Vive y en todo momento
Sus pensamientos mantiene.

III

Tres años de una ansia ardiente,
En los que sin una queja,
Silenciosa, indiferente,
De retorcida madeja
Una cuerda está tejiendo,
Con un odio fijo, eterno,
Por si acaso en ella un día
Llegue a ver la felonía
Del amante castigada
Por su mano, ajusticiada
En la puerta del infierno.

IV

¡Al fin, llegado el momento
Parécele, en que pudiera
Ya dejar salir afuera
De su pecho aquel fermento
Amargo que contuviera!

V

Desde el sorpresivo instante
De esa noche en que le vió
Cerca de sí y no alcanzó
A reprimir anhelante
Grito, al mirarle delante,
No sabe ya lo que siente,
Ya no sabe lo que piensa,
Y una fiebre extraña e intensa
El corazón y la mente
Invádele, cual si roja
Sangre por su pensamiento
Circulara y cruel congoja
Le oprimiera el sentimiento.

VI

A ratos, mirarlo cree
Y abre extrañada los ojos,
Imaginando que ve;
Luego, por los vivos rojos
De una capa desterciada
Mira que de allí se aleja
Con la planta acelerada;
En la sombra en que la deja
Su fuga precipitada,
Siente el horrible abandono
Del vacío de la ausencia
Y al punto su ardiente encono
Estalla en loca vehemencia;
Hasta que al fin, fatigada
Por intenso sufrimiento,
Se rinde, como abismada
En su propio pensamiento.

VII

Después, a su sér volviendo,
Se detiene y considera
Lo que es hoy, lo que ayer era.

Y el camino recorriendo
De su vida toda entera,
A cada paso que da
Ve la presencia altanera
Del que ahí siempre y siempre está.

VIII

"¡Mi juventud, mi belleza,
Dice con honda tristeza,
Sólo a un hombre consagradas,
Para que hiciera paveza
De ellas después de gozadas!"

IX

"¿La pena de qué delito,
Sin indulto, mereciera,
Que satisfacer pudiera
La ofensa en grado infinito
Que con tal maldad me hiciera?"

X

"¿Qué ley hay que satisfaga
A quien de la ley reclama

Castigo para el que infama
A una infeliz y en la llaga
De la herida hiel derrama?"

XI

"¿Qué tribunal en su estrado
Oye a quien ante él postrado
A elevar queja se atreve
Del que al honor ultrajado
No paga lo que le debe?"

XII

"¡Si ni ley ni juez ni pena
Existen para el malvado
Que de justicia y condena
Búrlase, aquí el brazo airado
Está que se alza y ordena!"

XIII

"¡Para el corazón ya muerto
A la fe y a la esperanza,
Es el único juez cierto
Que mantiene estrado abierto
El brazo de la venganza!"

XIV

"¡Llano el fuero de su estado,
Venga, pues, a donde impera
Justicia recta y severa
Quien cuentas de su pecado
Dar ya debe a quien le espera!"

XV

Ahincando en esta herida
Enconada, pervertida
Por envenenado humor,
No da paz al pensamiento,
Que halla ahí en todo momento
Fuerza y raíz de razón.

XVI

"¡Otra vez aquí, mintiendo
Como antes y repitiendo
La misma eterna canción,
A alguna otra que el oído
Engañado, inadvertido,
Preste a su engañosa voz!"

XVII

"¡No! si existieron los celos
Que en las noches de desvelos
Golpearon el corazón,
No será, si su mentira
Es semilla de la ira
Que mis odios engendró!"

XVIII

"¡Otra, no! que no me alcanza
El caudal de la venganza
A repartirlo entre dos,
Y yo quiero y necesito
Verle a él donde es maldito
Y se acaba todo amor!"

XIX

"¡Esa... me lo quitaría
En esta hora que es mía,
Porque me la dió el dolor,
Esta hora que en tres años
De terribles desengaños
Es mi última ilusión!"

XX

"¡Nadie! yo sola, encerrada
Con él solo, apresurada
De pedirle, por quien soy,
Cuenta de todos mis males,
Que como agudos puñales
Me parten el corazón!"

XXI

"¡Que sus descargos me diga
Y mintiéndome consiga
Creer que de nuevo estoy
Engañada y que le creo
Y que su engaño no veo
Y que aún su amante soy!"

XXII

"Así, él más y más fingiendo
Y yo más y más sufriendo
Su miserable traición,
Llegaríamos a un punto
Que ya diviso en trasunto
Del abismo adonde voy."

XXIII

"¡Sí! por mi mano llevado
Y por su suerte arrastrado,
Allí iríamos los dos,
Y las puertas de ese abismo
Por mi mano y brazo mismo
Le abriría sólo yo!"

XXIV

"Rodando allí y descendiendo
Y sus honduras midiendo,
De escalón en escalón,
Juntos, sin nunca apartarnos,
Para nunca separarnos,
Bajaríamos los dos..."

XXV

"¿Después, para qué ya nada,
Si una venganza saciada
Es la única ambición
Que puede dar tregua o calma
A los tormentos de un alma
Que se perdió para Dios?"

XXVI

Doña María de Almanza,
Presa de una fiebre loca
Que el fin del delirio alcanza,
Ya no mira en cuanto toca
Sino garras de venganza,
Hasta que desesperada
Cae en el lecho, extenuada,
Pierde la luz, el sentido,
Como si en noche perdido
Y en la sombra de la nada
Rodara su pensamiento,
Sin mirada, sin aliento,
Con el no ser confundido...

ROMANCE DE PRIMAVERA

I

¿Qué pasó después por ella
Y de qué modo y qué suerte
Dejó de ser como inerte
Resto de vida en la huella
Dolorosa de la muerte?

II

¿Cómo tornó de aquel viaje
De la región del arcano,
Donde nada el ojo humano
Vió, sino el sordo oleaje
De un negro y ancho océáno?

III

¿Qué mano amiga y piadosa
Sobre ligera barquilla
Fué a tomarla cuidadosa,
Para traerla a la orilla
Donde ahora duerme y reposa?

IV

Poco a poco, lentamente,
Va arrebolada corriente
De leve carmín tiñendo
Su dulce boca entreabierta,
Divina y pequeña puerta
Que a la ilusión se va abriendo.

V

Luz graciosa a su semblante
Torna la vida en seguida,
Como de aurora radiante
Que en noche obscura encendida
Más brillara a cada instante.

VI

Parece que las agudas
Espinas que la clavaran
El alma y con sus menudas
Garras la despedazaran
Ahora rosas brotaran;
Convirtiendo en regalado
Huerto de aves y flores
Su pecho en que mil rumores
De alegrías y de amores
Le hablaran de su pasado.

VII

Era así el rincón que había
En el jardín do solía
Pasar su infancia lejana,
Y en el que un lirio crecía
A la luz de la mañana.

VIII

La mansa paz, el sosiego
De aquel hermoso lugar

Vino una vez a turbar
Alguien que, porque era ciego,
Tendió la mano al entrar.

IX

¿Quién era aquel pobrecillo
que con fino tiento andaba
Y por la casa se entraba
Sin guía de lazarillo
Que a caminar le ayudaba?

X

Pronto comprendió quién era
O lo sospechó, observando
Que dádiva limosnera
Pedía, mas apurando
Que la puerta se le abriera...

XI

Alguien sólo de ese modo,
Se entraba por casa ajena
Atropellando por todo,
Como quien posesión plena
Busca a su blando acomodo.

XII

Por la curiosa lectura
De un libro de travesura,
Ya sabía ella que Amor,
Aunque de infantil figura,
Era un tirano señor.

XIII

¿Quién contra él luchar pudo,
Si sus primorosas flechas
En el blanco golpe rudo
Siempre dieron y derechas
Cruzaron cualquier escudo?

XIV

Orgullosos caballeros
Y damas de señorío
Mal pleito de desafío
Tuvieron luciendo brío
Contra sus golpes certeros.

XV

Siempre, al final de ese cuento,
Ante él se inclinaron todos,
Abatidos, sin aliento,
Con acciones y por modos
De rendido sentimiento.

XVI

Así aquel libro decía
En que con grata manía
Leía ella las hazañas
Lances, pasos y marañas
En que Amor se entretenía.

XVII

Fuera, pues, desacertada
Pretensión, grave torpeza,
La que le negara entrada
Ahora, si con firmeza
Pedía en casa posada.

XVIII

Y al fin, ¿por qué se opusiera
Con vana e inútil porfía
A que entrara, si él quisiera
Entrar de cualquier manera
Por donde hacerlo podía?

XIX

Pero, luego, con sorpresa,
Vió que, astuto medianero,
Guiaba él a un caballero
De extraña y rara belleza
Y aire vivo y altanero.

XX

A su vista, sorprendida
Quedóse, como aturdida,
Sin saber qué le pasaba;
Pero... ya desvanecida
La figura se alejaba...

XXI

Era un sueño, sólo un sueño
Que a sorprenderla venía,
Pero en el que ella veía
Que la mano de su dueño
El paraíso le abría.

XXII

Despertóse perturbada,
Y al ver perderse en la nada
Su dicha, este pensamiento
La dejó como agobiada
Y en brazos del desaliento...

XXIII

No; que el noble caballero
De aire vivo y altanero
Quién sabe si cualquier día,
Como en sueño lisonjero,
En busca de ella vendría.

XXIV

¿Por qué, pues, si no se hallaba
En lugar y parte alguna,
Ella entonces le miraba
Y las horas, una a una,
Esperándole contaba?

XXV

¡Inocente, candorosa,
Que para soñar tal cosa,
Su rizada cabellera
Adornaba cuidadosa
Con flores de enredadera!

ROSA DE VERANO

I

Blando suspiro arrullado
Por el ansia de su pecho,
Como un pájaro escapado
De su nido ya deshecho,
Por su rostro sonrosado
Derrama ligero aliento,
Aroma del sentimiento
Del alma que ha despertado.

II

Los ojos abre y mirando
Algo en la distancia, lejos,

Se queda como observando
Un cuadro que dibujando
La luz va en claros espejos.

III

Es el fresco panorama
De aquellas horas lejanas
De su juventud perdida,
Cuando en cada verde rama
Por el céfiro mecida
Abrían flores tempranas
Que el jardín embalsamaban
Y la cabeza embriagaban
Con sus esencias livianas.

IV

¡Oh! si el tiempo ya pasado
Realmente pasado fuera,
De manera que olvidado
Para siempre no volviera
Al corazón angustiado!

V

Mas, ¿de qué modo, qué día,
El decreto de su suerte
La unió a él con lazo fuerte
Que ya nada rompería
Ni aún la mano de la muerte?

VI

Ella salía del templo
En tarde de Jueves Santo,
Vestida de saya y manto...

VII

Era muy niña y ejemplo
De blanca inocencia y tanto
Que de amor nada sabía,
Si no que era peligroso
Lo que de amor se decía.

VIII

Solamente en sueño hermoso
Ver solía a un caballero

De aire vivo y altanero
Que desde lejos llegaba
Y por florido sendero
Hacia ella se acercaba.

IX

Pero, aquel cuadro encantado
Que en la leve nubecilla
Del ensueño vió pintado
Era sólo maravilla
De un romance imaginado.

X

Sí; del templo aquella tarde
De día de Jueves Santo,
Luciendo con vano alarde
Su traje de saya y manto,
Salía con el sentido
Del sermón que la advertía
Del peligro en que podía
Resbalar el pie perdido.

XI

Había rezado mucho,
Sus más bellas oraciones,
Para espantar tentaciones
Vestidas de cucurucho
Con adornos de ilusiones,
Que se cubrían la cara,
Pero que con suaves ruidos
Y sin que ella los mirara
Le hablaban a los oídos.

XII

Fué a mojar su manecita
En la pileta de esquita
Cuando miró a un caballero
Que en ramita de romero
Le daba el agua bendita.

XIII

Le vió, sus ojos se vieron,
Y al mirarse se dijeron...
No sé qué... y enardecidos
Alientos desconocidos
Fuego a su pecho prendieron...

XIV

¡Ay! ramita de romero,
Mojada con agua santa,
Que ofrecía el caballero,
Índice cruel de un sendero
De pena y angustia tanta!

XV

Salió del templo pisando
En flores que se secaban,
Su último aroma brindando,
Porque íbanlas marchitando
Los pies que las arrastraban.

XVI

¿Por qué un extraño mareo
Le llevaba a la cabeza
Sensación de una pereza
Donde la voz de un deseo
Asomaba con tristeza?

XVII

A su lado el caballero
Pasó con aire altanero,
Mas que a ella se humillaba,
Porque al mirarla buscaba
Perdón de su genio fiero.

XVIII

Pero, ¿quién era, quién era
Que ella a nadie preguntara
Si supiera o no supiera,
Pues la vergüenza la ahogara
Cuando tal pregunta hiciera?

FUNESTO AMOR

I

Después, una alta ventana
Donde en un rosal crecía
Rosa encendida y ufana
Vió que por allí pasaba
Siempre un galán que rondaba
La calle, porque sabía
Que una niña lo esperaba.

II

Como él llegara hasta ella
Y la hablara y la mintiera
Y ella oído fácil diera
A su engañosa querella,
La ventana lo supiera.

III

No valen vanos detalles
Que supieron los amantes
Siempre y aún los ignorantes
Aprendieron por las calles
En los romances galantes.

IV

Dos almas que se buscaron
Siempre los mismos caminos
Siguieron, hasta que hallaron
Hora y lugar sus destinos
En los que al fin se encontraron

V

Sigamos, pues, de esta historia
La huella, que no ha borrado
El tiempo, como ha quedado
En la doliente memoria
De un romance no olvidado.

VI

Al través de dura reja,
Al principio se miraban

Y viéndose se quejaban
Con enamorada queja
De las horas que pasaban.

VII

En seguida, la violencia
De ardiente y liviano ruego
Pedía, por la exigencia
De la inquietud de su fuego,
Más libertosa licencia.

VIII

Y... torpe mentira fuera
Decir que más no querían,
Y que... si más consentían,
Su deseo no creciera
A donde ya no podían...

IX

Es el amor monstruo extraño
Que en inquieto devaneo
No da a sus ansias empleo
Con sólo el liviano engaño
De la ilusión del deseo.

X

Una vez, sin saber nada,
Halagada u ofendida,
Sin querer, arrebatada
Con violencia o sorprendida
Sin pensar, desvanecida
En los brazos de su amante
Se encontró... porque no hubiera
Quien allí la defendiera,
Y ella en ese extraño instante
Defenderse no supiera

XI

Perdida en un raro ensueño,
En que de sí no sabía
Ni en qué lugar se encontraba,
Pensó entonces que su dueño
Lejos, lejos la llevaba
Y a otro mundo conducía.

XII

¿Por qué un destino piadoso,
Al contemplar su belleza,

Con amor y con tristeza,
No quiso allí generoso
Acabar su triste suerte,
Si mirándola sabía
Que ya dicha no tendría
Sino en la paz de la muerte?

XIII

Cuando de ese extraño sueño
Despertó y abandonada
Se encontró... en vano angustiada
Preguntó dónde su dueño,
Que no estaba allí, se hallaba
Y tan sola la dejaba...

XIV

Luego, cual si fuerza rara
Sobre su alma gravitara
Sin piedad y sin clemencia
Y su vida anonadara,
Vió que el tiempo transcurría
Sin medida, sin conciencia,
Tras la noche obscura el día
Más obscuro todavía.

MAÑANA DE INVIERNO

I

Tal era su amarga historia,
Que siempre y siempre volvía
A mostrar a su memoria
Con cruel y tenaz porfía
Los andrajos de su gloria.

II

Mas después de largos días
De profundo abatimiento
Que en hondas melancolías
Sumieran su pensamiento,
Al fin, en un sueño triste,
Como en un mundo callado,

Sin lumbre, desamparado
De cuanto alienta y existe
Encontró ese alivio cierto
Del descanso reposado
En la noche de un desierto.

III

Como lejos de la vida
Sintióse y abandonada
Sobre la yerba mullida
De una isla sumergida
En la sombra de la nada,
Donde un murmullo al oído
Recordaba del pasado
El trajín atormentado
Con un tardo y manso ruido.

IV

Largo tiempo estuvo así,
Desamparada, inconsciente,
De sí misma, cual si ahí,
Como una amiga doliente,

A su lado floreciera
Y a su cuerpo se enredara
Y a sus miembros se abrazara
Blanda y tibia adormidera.

V

Al despertar de ese sueño,
Como quien halla la vida
Que imaginara escondida
En un mundo de que dueño
Sólo era el alma dormida,
Siente un inquieto deseo
De vivir aún, todavía,
De sentir lo que sentía
Cuando en dulce devaneo
Por el corazón vivía...

VI

La luz pálida y temprana
De una alba indecisa y fría,
Que remeda a su ventana
La vaga melancolía
De una existencia lejana,
Le dibuja un panorama

Cuyas líneas y colores
De floja y deshecha trama
Recuerdan cuadros de flores,
Restos de una antigua vida,
Abandonada, perdida...

VII

Lánguida y suave pereza
La retiene así en su lecho,
Mientras que blanda terneza
Por su desgarrado pecho
Se derrama y sus heridas,
Al modo de rico ungüento,
Cura y deja adormecidas
A más grato sentimiento.

VIII

Luego, aparta de su frente
El abundoso cabello,
Que renegrido y luciente
Envuelve en sombras su cuello,
Y murmura tristemente:

VIII

"¡Mis atesados cabellos,
Como él entonces decía,
Cuando jugando con ellos
Pasar el tiempo veía
Y de sus hebras trenzaba
Sedosa y blanda cadena
Con que ahorcarse juraba
Si mi amor le daba pena."

IX

Abre en seguida los ojos
Y con ansiosa mirada
Parece que los despojos
Buscara de esa alejada
Vida de tiernos antojos,
Que como flores de un día
Pasaron con su alegría
Y convirtiéronse en nada.

X

"¡Mis ojos, donde él buscaba
Con apasionado anhelo

Lo que en la tierra no hallaba
I decía se encontraba
En un abismo del cielo!"

XI

Después, los hermosos brazos
Extiende, como formando
Con tibios y flojos lazos
Regazo amoroso y blando,
Hondo y abrigado nido,
Donde su rubia cabeza
El mismo niño Cupido
Descansara con pereza.

XII

"¡Mis brazos, los brazos míos,
Donde de mis ansias dueño,
Sin temores ni desvíos,
Se entregaba al grato sueño
Y dormido respondía,
Si yo se lo preguntaba,
Que así de amor moriría,
Si allí morir le dejaba!"

XIII

Durante todo ese día,
Como volviendo a un pasado
Que de las sombras surgía
Donde estuviera encerrado,
Pasaron por su memoria
Y a sus ojos desfilaron
En procesión ilusoria
Mil recuerdos que le hablaron
Y que a su vista evocaron
Sus bellos días de gloria.

XIV

Esa hora... ese momento...
Ese instante fugitivo...
Esa ocasión y argumento
De goce oculto y furtivo...
Cuando los ojos se hablaron
Palabras que los oídos
No supieron ni escucharon...
Cuando los labios callaron,
Porque sólo pronunciaron
Besos de pasión henchidos...

Cuando los brazos tendidos
Y anhelantes se buscaron...
Cuando era todo pequeño
Para su ardoroso anhelo
Y en lo infinito de un sueño
Pensaron con loco empeño
En la tierra hallar el cielo...
Cuando más allá no habían
Fuerzas que los sostuvieran,
Alas por las que querían
Remontarse adonde hubieran
Goces que no conocían...
Y en ese extremo rendidos,
Sin embargo aún más pedían
Sus fatigados sentidos...!!

XV

El día pasó y la tarde
Se apagó y en la amplia estancia,
Cual de un incienso que arde
En precioso pebetero
La rica y suave fragancia,
Quedó en el aire vagando
El perfume lisonjero
Del placer, dichas nombrando...

XVI

Inclinó ella la cabeza
Y quiso por un instante
Imaginar con tristeza
Que aquella dicha distante
Volver acaso podría;
Mas, al punto, dentro el pecho
Sintió que algo le mordía
El corazón trizas hecho!

DON PEDRO DE REGUERA

I

La noche triste y obscura,
Como celando la vida
Bajo siniestra envoltura,
Despierta en ella el sentido
De la fiera en su guarida
Que atisba la ansiada presa
Y al más leve y vago ruido
Alza al punto la cabeza
Y abre y afina el oído.

II

Parécele que alguien viene...
Bien viniera... si, podría

Venir, si no le retiene
Algo... por qué no vendría...
Si, al fin, aunque en apartado
Rincón ella su existencia
Recate, astuto y osado
El ya habrá de su presencia
El camino averiguado...

III

La lámpara alabastrina
Enciende, y a la dorada
Lumbre surge peregrina
Su figura, realzada
Por una energía extraña
Que la impulsa, que la ensaña,
A la vez que la domina.

IV

Nunca su rara hermosura,
Tan graciosa y delicada
Como una fina figura
Por el arte dibujada
Con la divina tintura
De un pincel de luz y seda,

Tuvo esa expresión extraña
Que ahora en ella remeda
La voluntad que no engaña
A una pasión que no ceda.

V

Luego se acerca a la mesa
Ricamente taraceada
Con finas incrustaciones
De minuciosa destreza,
Y para dar escapada
A sus vivas sensaciones,
Escribe... rompe... y empieza
De nuevo... pues que quisiera
Escribir, mas de tal modo
Que escribiendo no dijera
Nada, diciéndolo todo...

VI

En realidad que en tal trance
No encuentra su pensamiento
Forma que a decir alcance
Lo que ella sólo quisiera
Expresar para su intento,

Hasta que ve que en tal caso
Bien está lo que pudiera,
Para salir bien del paso,
Decir de cualquier manera.

IIΛ

"Don Luis, si memoria os queda
De un amor que un tiempo dueño
De mi triste corazón,
Fue, aunque vivir ya no pueda
Del mismo y ardiente empeño,
Si pasó ya su ocasión,
Sabed que quien lo causara
Feliz fuese si alcanzara
A veros de nuevo a vos.
Calle de Polvos Azules,
Donde esculpidos tres gules
Hay sobre el alto portón".

VIII

Cerró apresurada el pliego,
Como si alguien intentara
Mirar sus letras, y luego
La dirección de Almenara

Con mano firme y segura
Y con pulso reposado
Puso, porque la escritura
No delatara el cuidado.

IX

En este punto, a la puerta
Llamó alguien, pero tan quedo
Que por la calle desierta
Nadie oyó, aunque causó miedo
A quien desacostumbrada
Estaba de tales ruidos
Que no oyeron sus oídos
Desde época ya olvidada.

X

Pero... ¿por qué esta extrañeza,
Si lo que ha de ser que sea,
Si lo que ha de ver que vea
Quien no debe la cabeza
Perder por lo que desea?

XI

Va a la puerta y su sorpresa
Mayor ser nunca pudiera,
Al ver en toda su alteza
A Don Pedro de Reguera...

XII

El mismo a quien de seguro
Imaginara alma en pena
Que dejó la sepultura
Para cumplir la condena
Donde cometió el pecado,
Si menos claras señales
O señas menos usuales
Diera de su vivo estado.

XIII

En verdad que desde el día
En que el noble caballero
Víctima fue de aquel lance
En el que Don Luis había
La buena ley de su acero

Probado en golpe certero,
Tan sólo de él se sabía
Que en tal doloroso trance
Se hallaba que moriría.

XIV

"Por la virtud de mi estrella,
Al contemplarle dijo ella,
Que en hora más oportuna
No podía haber venido,
Para afirmar mi fortuna;
Que no hubo caso cumplido
En que lo casual no fuera
Razón segura y primera
Del éxito apetecido."

XV

—Entrad, Don Pedro. . .
—Señora.
Dichoso soy, porque os miro
Y el bello prodigio admiro
De que el sol brille a esta hora.
—Galante venís conmigo,
Don Pedro, y feliz testigo

Soy de que la horrible herida
No ha servido de postigo
Por donde huyera la vida...
—¿Qué llamáis vida y qué muerte.
Señora, si en este caso
La que anima a un cuerpo inerte
No es propia ni asegurada,
Sino apenas si prestada
A apurado y corto plazo?
—No comprendo el acertijo
Que me proponéis, ni alcanzo
A adivinarlo, aunque avanzo
Y aguzo el torpe sentido
Con afán fino y prolijo,
Por saber dónde perdido
El bien de la propia vida
Dejásteis entretenido...
—Entretenido, no fuera
La palabra que sentara,
Si vuestra boca no hablara
De gracia y sutil no hiciera
Concepto grato y sentido
Aún de la pena fiera...
—Pero, sea lo que fuere
O fuere lo que haya sido,
¿De qué modo, me diría

Vuesa merced, dispondría,
Para ser persona honrada,
Si quien la vida prestada
Le tiene se la cobrara?
—Lo ajeno devolvería,
—En todo fuísteis honrado
Siempre y dísteis cumplimiento
A lo que el honor pedía.
—Por la alta ley de mi estado
Siempre rendí acatamiento
A mi fuero señalado.
—Como cuando un caballero
Que, aunque hidalgo, no sabía
Las leyes de la hidalguía,
Quiso con aire altanero
Pasar sobre vos primero
Con desatada osadía...
—Y que contener supiera.
—Fuísteis noble y desgraciado.
—Porque en guardia no estuviera
Cuando leyes maltratando
De superior gentileza
Se arrojó él a mí, confiado
En su engaño y de sorpresa...
—Todo respeto olvidando.
—Mas, si la herida ha cerrado

En mi carne, más abierta
Está en mi honor impaciente,
Que en todo momento siente
Necesidad grande y cierta
De venganza.
—¿Y a buscarle
Todavía no habéis ido?
—No; mas ya sé donde hallerle.
—¿Sabéis?
—Sí, lo sé, por cierto.
—Si lo encontráis, por sabido
Se entiende, que, vivo o muerto,
Vuestra venganza hará ruido.
—Ya llegará a vuestro oído.

XVI

Como a un estrecho cercado,
A Don Pedro va arrastrando
Doña María y llevando
Con intento solapado
Hacia el fin que va buscando.

XVII

—Pero, volviendo a lo andado
En esta corta jornada,

O a lo que habíais hablado
De una vida que prestada
Llevábais y que daríais
A una dama bien servida
De vuestra lealtad ¿qué haríais
Si ella pronto os la cobrara?
—Al instante la entregara.
—¿Lo juraríais, de seguro?
—Os lo he dicho y os lo juro
Por mi fe de caballero!
—Bien, Don Pedro, no esperaba
De vos tan hermoso alarde
De pasión, pues que pensaba
Era ella luz de la tarde
Que en las sombras se apagaba,
Y ahora fuego que arde
Veo sin duda que es...
—Señora ¿y a vuestros pies
Eternamente rendido
Me recibiréis después?
—Don Pedro ¿qué gracia fuera
Si de pasión verdadera
Yo no apreciara dichosa
La ocasión en que, celosa
La razón de la pasión,
Las armonías rompiera

Del alma y del corazón
Y el sentido abandonara
Al fuego de la ocasión
Donde sus fibras quemara?
—Señora, mi pensamiento
Vaga en torpe aturdimiento
Y no discurre ni acierta
Por dónde encontrar la puerta
Que salida al sentimiento
Dé, con palabras que alcancen
A demostrarlo y avancen
A rendirlo a vuestras plantas...

XVIII

Más que rendido, postrado
A sus pies, Doña María
Ve a Don Pedro, que exaltado
De fiera pasión, porfía
Por adorar desde el suelo
Lo que mira en su locura
Brillar con esa hermosura
Que es privilegio del cielo.

XIX

Así transcurre un momento
En que a Don Pedro parece
Que su amor más vive y crece
Y se enciende más violento,
Pero al cual Doña María
Tregua pone, porque fuera
Peligroso en demasía
Tanto fuego, que pudiera
De brasa de roja hoguera
Concluir en ceniza fría.

XX

—Don Pedro, alzáos...
—¡Dejadme
Que al fin de desdichas tantas
Cuantas apuré en la vida,
Vea ahora convertida
La hiel en delicia y gozo,
Y si no queréis, curadme
De este mal que sin reposo
Me lleva desventurado
Tras de un bien jamás hallado,

Porque se aleja engañoso
Cuando parece logrado!
—Don Pedro, mi triste historia,
Letra a letra, conocéis,
Desde sus días de gloria
Hasta esta noche, en que véis
Que ya aparece de nuevo
A lucir benigna estrella
Derramando su luz bella
En mi vida... ¿y no sabéis
Lo que sólo a hablar me atrevo
Para que no me culpéis
De haber encendido un fuego
Y avivado ardiente llama
En que el corazón se inflama,
Mas para apagarlos luego?

XXI

Don Pedro, como aturdido
Por golpe recio y violento,
Pierde un instante el sentido,
Y sin saber de que modo
Expresar su sentimiento
Después de perderlo todo,
Quisiera en aquel momento
Dar fin a su triste vida...

XXII

Más, al acuerdo volviendo,
Ve que su ilusión perdida
En los ojos de su dueño
Vaga aún, luz encendida
Sobre la cumbre de un sueño.

XXIII

Mas, ¿cómo, desde la hondura
En que se mira vencido
Y avergonzado y perdido,
Llegar pudiera a la altura
Sin ser de ella socorrido?

XXIV

—Señora, bien veis que es cierto
Que donde buscaba vida
Allí me encontraron muerto...
—No, Don Pedro, mal fundada
Anda vuestra triste queja
Y muy mal os aconseja
Una ilusión defraudada.

—¡Hablad, señora!
—Ignorante,
Como os dije hace un momento,
No sóis vos de aquel instante
En que Don Luis de Almenara,
Del infame sentimiento
De su pecho corrompido
Dando seguro argumento,
Torpe me arrojó a la cara
Con mi vergüenza su olvido...
—¡Infame, que el merecido
Castigo, porque le ampara
El demonio, aún no ha tenido!
—Solitaria, abandonada,
Sin esperanza, perdida,
Peor aún, condenada
A sentir siempre en mi vida
La insultante carcajada
De su burla fementida,
Sin que nadie...
—Desgraciada
Fué ayer la ocasión buscada
Por mí.
—¿Sabéis lo que puede
Una mujer ultrajada,
Cuando en su alma envenenada

Alimenta una venganza,
Que pide siempre y no cede
En el pedir sin tardanza
Alimento a la esperanza
De verse pronto vengada?
Pues bien, Don Pedro, saberlo
Vos debéis y comprenderlo,
Si os importa la partida.
Entre Don Luis de Almenara
Y esta mujer ofendida
El demonio remachara
Cadena tan dura y fuerte
Que a ambos nos condenara
A arrastrarla hasta la muerte
Si otro antes no la cortara...
—¿Don Luis siempre entre los dos,
Yo vuestra huella siguiendo
Y él siempre detras de vos?
—No me váis aún entendiendo...

XXV

En el alma conturbada
De Don Pedro, la mirada
Arrojó ella, penetrando
Como la hoja de una espada
Que va hasta el fondo tocando.

XXVI

—¿Queréis, Don Pedro, ayudarme
A destrozar este lazo
Y libre así al fin dejarme?
Más que yo, tenéis el brazo
Firme y seguro; de modo...
—¡Señora!
—En tan negro caso
O sóis nada o lo sóis todo!
—Ya os lo he dicho...
—¿Juraréis
Aún de nuevo?
—Sí, que juro
Vuestro esclavo ser, sabéis
—Pues bien, ya que averiguado
Teneis dónde se halla él,
Que por conducto seguro
Le hagáis llegar el papel
Que os entrego, es necesario.
Y mañana, a esta hora,
Si el demonio no es contrario
A la cita, cenaremos
Aquí mismo los tres juntos,

Y en seguida... y en seguida
Ambos a dos rezaremos
El oficio de difuntos
Al que pierda la partida.

MENSAJERO DE PERDICION

I

Como camina un beodo,
Viendo, en el vacío obscuro
Que semeja a negro muro,
Sombra que le va cerrando
El paso con aire osado
Y por importuno modo,
Así Don Pedro avanzando
Va y viendo siempre a su lado
La de Don Luis de Almenara
Sombra que su pensamiento
Creyera haber evocado,
Si el terrible y fiero intento
De Doña María hubiera
Su justicia terminado
Y él de otro mundo volviera.

II

Más de una vez, al torcer
Una esquina, el tardo paso
Detiene, creyendo ver
Con la viveza del caso
La imagen aparecer
De la sombra del difunto
Que se yergue en aquel punto
Con aire de acometer.

III

Sin voluntad, arrastrado
Por su negro juramento,
Camina indeciso y lento,
Como si encima llevara
Un cadáver ensacado
Que a sus espaldas cargara.

IV

Luego, amarilla congoja
Le toma el ánimo en pena
Y frío sudor le moja

La frente abatida y llena
El pecho en negra tristeza,
Al modo del que es llevado
A cumplir dura condena
En horca de ajusticiado.

V

"¡Qué pesada, qué sombría,
Dícese, debe de ser
La conciencia del malvado,
Cuando siento que la mía,
Antes que el delito ver,
Semeja a monstruo hambreado
Que muerde con rabia impía
Al que lo va a cometer!"

VI

"¡Malhaya, Don Luis, el día
En que os hube de encontrar,
Cual si el demonio que guía
A quien lleva a condenar
En mi camino os pusiera,

Con tal suerte y de manera
Que la injuria que me hiciérais
No os pudiera perdonar,
Aunque perdón me pidiérais!"

VII

"Manando aún se halla la herida
De esa sangre que mantiene
El honor y le sostiene,
Por ser raíz de la vida,
Y que ya no se detiene
Con vendas que la contengan
Sino que busca salida
Enconada y pervertida
Por donde venganzas vengan.'"

VIII

"¿Pero, qué pudiera hacer,
Si en vuestra suerte y la mía
Sólo puedo disponer,
Don Luis, para obedecer
A quien hacia vos me envía
Con imperio de mujer?"

IX

"'Si buscara una venganza,
Que bien pudiera en rigor
Procurarme sin tardanza,
Daño no hiciera a mi honor;
Pero, más pausa consiente
Y más arreglado modo
Un lance tal; sobre todo
Si el día es indiferente
Para ello y buen cumplimiento
Debo antes a lo que ordena
Quien tiene en este momento
Derecho a ser bien servida,
Por la ley de un juramento,
Que es ley de justicia y pena
Y que obliga a ser cumplida
Por el honor y la vida."

X

"Mas, ¿para qué razonar
Con tanto y tanto argumento
Sobre como debo andar,
Si de ligero o a tiento,
Ya que no os voy a arrancar

La vida en trance violento
O una deuda condonar
Con caritativo intento?"

XI

"No, y que fuere lo que sea
Y que lo que sea fuere
Y cada cual lo que quiere
Busque por donde lo vea,
Si otra cosa no prefiere."

XII

Engreído y levantado
Don Pedro con este modo
De encontrar a su cuidado
Ancho y fácil acomodo,
El paso suelto apresura
Demostrando en su figura
El alivio de su estado.

XIII

Pero, a poco, negra nube
De pesarosa tristeza
Le carga el pecho y le sube

Desde el pecho a la cabeza,
Convirtiéndole en vileza
Aquella rara energía
Que hace apenas un momento
Las fuerzas le mantenía
Y vigor daba a su aliento.

XIV

A la misma medicina
Vuelve entonces, apurando
La receta del engaño,
Que el alma torpe y mezquina
Le va más y más postrando.

XV

"A cada cual le depara
Su puesto, dice, la suerte;
De manera que no es rara
Ocasión la que se ofrece
Al que se mira abatido,
Como cuerpo vil e inerte,
De levantarse atrevido
Y al que le hiere de muerte
Dejarle de muerte herido."

XVI

"Un cambio de situaciones
Y no más. Ayer la vida
Por atrevidas razones
Quisísteisme arrebatar,
Don Luis, y hoy me convida
Una ocasión más segura
A que en mejor aventura
Pueda el desquite tomar."

XVII

"Sobre todo, si el destino
Ha puesto entre vos y yo
Una mujer, y el camino
Vos me cerráis, bien pensó
Mi voluntad apartaros
Y no necio, abandonaros
Lo que el destino me dió."

XVIII

"Mía no es la culpa, entiendo,
Para disculparme tanto
Y andar temores sintiendo

Con escrúpulos de santo;
Pues, si otra cosa quisísteis
Que no fuera en este enredo
Jugar la vida sin miedo,
Mal, pues, a Lima vinísteis."

XIX

"En fin, si sóis caballero
Y juzgáis que yo lo soy,
Cejar no podéis primero
En este brioso empeño
Ni pensar que a cejar voy
Yo, mientras que sea dueño
De escoger o no escoger,
De querer o no querer,
En este lance limeño
En el que os he de vencer."

XX

"Y mirando de otro lado,
Este endemoniado asunto,
O buscando un nuevo punto
Por donde se encuentre el vado,
Siempre será meritorio

Acción, digna y levantada,
Para el curso de esta historia,
No dejar dormir la espada
Si ayuda de ella reclama
El servicio de una dama
En su honra avergonzada."

XXI

"¿Qué entre hidalgos se diría
De un menguado caballero
Que de favor convenido
Se olvidara que debía,
Si no que llano de fuero
Para siempre quedaría
En villano convertido?"

XXII

"No ya; que tirado el dado
No se puede recoger,
Y el que lo intentara hacer
Mal sería reputado
En su honor y su valer."

XXIII

Enhebrando cien razones
Y argumentos barajando,
Va don Pedro así forjando
Cadena que el pensamiento
Entre duros eslabones
Le va por el elemento
De sus hierros encerrando.

XXIV

"No; que no es posible atrás
Volver los cobardes pasos,
Repite, para ahondar más
Situación desventurada
Que no puede ser salvada
De entre complicados lazos
Sino de pie y bien armada
De decidida osadía,
Con la buena compañía
De la mano y de la espada."

XXV

"¡Para eso, la triste llama
Que al principio vacilaba
En el pecho y se encendía
De nuevo, cual verde rama
Que con el aire luchaba,
Quisiste, hermosa María,
Que todo lo devorara
Y al fin en fiero elemento
De resplandeciente hoguera,
Creciendo aún más, se cambiara,
Donde todo por ti ardiera,
Mi carne y mi pensamiento!"

XXVI

"Si, por fin, sea cual fuere
Lo que me aguarde y me espere
En esta dura jornada,
La miraré por lograda
Si una hora la esperanza
En realidad convertida
Cura del pecho la herida
Que enconara la venganza..."

XXVII

De esta suerte, a la posada
Llega en que don Luis habita,
Y el mensaje a él dirigido
Deja a una puerta entornada,
Para que hidalgo cumplido
Sea él puntual a la cita.

REMINISCENCIAS

I

Mientras don Pedro se aleja
En las sombras escondido,
Como un demonio perdido
En la negrura que deja
A su paso, el de Almenara
Recibe el papel y mira
La recordada escritura
Con ese placer que inspira
Un bien que en vano procura
Nuestro empeño y suerte rara
Nos lo entrega y asegura.

II

"Calle de Polvos Azules,
Dice feliz repitiendo,
Donde esculpidos tres gules
Hay sobre el alto portón..."
Y vuelve a leer, diciendo
De su dicha la razón.

III

Luego, el blanco papel deja
Sobre su mesa doblado,
Y como quien a una reja
A pelar fruta de amores
Se acerca y el suspirado
Bien contempla embelesado,
Mira creyendo que mira
A quien por su amor suspira
De nuevo y por su pecado.

IV

"Nunca olvidarla pudiera
En los lances de mi vida,
Dice, aunque a otras corriera

Con la mirada encendida,
Pero que, si amor me daban
Con sus lujurias ardientes,
Las ilusiones vehementes
Del corazón me robaban."

V

"Ese azul y claro día
En que por la vez primera
La vi, sin saber quién era,
Sino una luz de alegría
Que en mi vida aparecía,
Siempre a mis ojos estaba
Presente, como en un sueño
Que haber soñado creía
Donde una dicha se hallaba
De que ella era único dueño."

VI

"Todavía, al recordarla,
Como en un jardín lejano
Que con primoroso hechizo

Flores daba por guardarla,
Paréceme que la mano
Tiendo hacia el fruto lozano
Del árbol del paraíso."

VII

"Un día, al atardecer,
Seguida de torva dueña,
La vi pasar sin saber
Quién era, sino risueña
Visión de la fantasía
Y que a su paso dejaba
Un perfume que exhalaba
Una flor que se entreabría."

VIII

"La seguí sin que ella viera
Que de cerca la seguía,
Porque al mirarla temía
Que contra mí se quejara
Y ofendida se sintiera
De que mucho la mirara."

IX

"Suponed una alma pura
Que en ensueño de blancura
Su hermoso cuerpo dejaba
Y que de un lirio tomaba
La peregrina envoltura."

X

"De lejos la iba fijando
La segura puntería,
Hasta que en el templo entrando
Vi que dentro se perdía;
Blanca paloma que al nido
Voló y bajo del alero
Halló amparo recogido
Contra el proyectil certero."

XI

"Allí en breve y loco instante,
Fuí hasta el altar donde oraba
Al pie de un Cristo expirante
Una oración que llevaba
Al cielo ligera nube
De incienso, como un querube
Que en el aire se elevaba."

XII

"¿Cómo seguir adelante
La persecución impía,
Si en aquel sagrario ardía
Una llama que en su fuego
Devoraba y anhelante
En cenizas consumía
Todo pensamiento ciego
Y toda impura alegría?"

XIII

"Sorpresivo sentimiento
Entre los dos un momento
Puso esa distancia inmensa
Que no mide el pensamiento,
Mas que, sin medirla, piensa
Que existe entre la vileza
De un corazón corrompido
Y el alma que en su pureza
Tiene en el cielo su nido."

XIV

"Me detuve, pues, pensando
Que hasta el castigo del cielo
Sin duda recibiría,
Si por dar gusto a mi anhelo
El paso no contenía."

XV

"Mas, luego, como si fuera
Ceder mucho al sentimiento
De una virtud olvidada,
Que, cual rancia consejera,
Acudía apresurada
E importuna en tal momento,
Sentí que dentro del pecho
Me nacía una ansia ardiente
De atropellar por derecho
Y ver como tristemente
Aquel bello ángel bajaba
Desde una nube del cielo
Hasta arrastrarse en el suelo
Por el cual yo me arrastraba."

XVI

"Lo que luego sucedió
Entre los dos, en seguida,
El demonio lo escribió
En su libro, y a medida
Que ella paso y paso dió."

XVII

"Fué una ardiente y loca historia.
En que ella tras de una reja
Estaba siempre soñando
Sueños que no eran de gloria,
Sino embrollada madeja
Donde su dicha ilusoria
Más y más iba enredando."

XVIII

"Para término del cuento,
Que había al fin de acabar.
Lo de siempre, ese momento
En que el cansancio, el hastío

Llega su rostro a asomar
Y se siente ya ese frío
Que no alcanza a calentar
El amor que ya ha partido
A buscar en otro nido
Nueva dicha que gozar."

XIX

"Ahí debiera concluir
Esa historia que, al decir
De la razón, no pudiera
Pasar de ahí, sin seguir
Dando forma a la quimera
De una ilusión exaltada
Que despareció en la nada
En que fué y se deshiciera."

XX

"Sin embargo, ella aún vive
De verdad y cuerpo toma
Y luz y calor y aroma
Vuelve a tener y revive
Siempre que mi pensamiento
La dice por qué no asoma

Al fresco balcón de flores
En donde antes aguardaba,
Como en gracioso elemento
De perfumes y colores,
Al amante que esperaba."

XXI

"¡Siempre, pues, esa ansia loca
De poseerla, esa manía
De ir a buscar en su boca,
Que a una copa semejaba
De perfumada ambrosía,
Un licor que la alegría
De la dicha repartía
Por mi sér y lo embriagaba
Y a sus plantas lo rendía!"

XXII

"Será capricho liviano
De calavera aturdido,
Quién sabe... o deseo vano
De un placer interrumpido,
Tal vez... o una verdadera
Pasión que busca alimento

Y que ya de otra manera
No hallará paz ni contento,
Puede ser... pero allá iría
Arrastrado por el guía
De mi deseo violento,
Aún con el pensamiento
De la muerte, si ella fuera
La que la muerte me diera."

XXIII

"Calle de Polvos azules,
Señala su dirección,
Donde esculpidos tres gules
Hay sobre el alto portón..."

LA EXPECTATIVA

I

Nadie sospechar pudiera
La pasión que consumía
Su pecho, si acaso viera,
En la noche de este día,
Cómo hacía compañía
A la dama de este cuento
La calma del pensamiento
En su suprema energía.

II

De una lámpara encendida
La luz suave, tamizada
Por la tela sonrosada

De una pantalla de seda,
La cámara adormecida
Ilumina tibiamente,
Donde ella espera impaciente
La hora tarda de la queda.

III

"De que don Pedro ha cumplido
Mi encargo, dice, estoy cierta;
Mas, si no fuere servido
Don Luis de venir, sería
Mi situación bien incierta;
Mejor dicho, desmedrada,
Ya que así yo quedaría
De nuevo por él burlada..."

IV

Pero, hilando el pensamiento,
Ya va ella a lo que haría,
Si llegara ese momento;
Pues obstáculo no hubiera
Que detenerla pudiera
Para alcanzar a su intento.

V

"¡Entonces, donde se hallara
El, delante me vería,
Que de una cuerda tirara
De su cuello y le arrastrara
Donde nada le valdría... !"

VI

La impresión ruda y violenta
Que en este momento excita
Todo su sér y lo irrita,
Hace que al instante sienta
También la voz imperiosa
Que en sombría y grave calma
La obliga a encerrar el alma
Como en prisión dolorosa.

VII

La mano contra su pecho
Pone y con ella se oprime
El corazón contrahecho
Que cual entre hierros gime,

Pero que a la firme mano
Obedece y quieto e inerte
Reconoce el poder fuerte
Del carcelero tirano.

VIII

Estatua de mármol yerto
A que luz de pensamiento
Diera el arte, bloque muerto
Que animara el sentimiento
De un artista soberano
Que con poder sobrehumano
En imagen dura y fría
Sangre y fuego convertía.

IX

A la pasión exaltada
Que voluntad repentina
Manda y obliga y domina,
Como a una leona domada,
Sucede entonces cansada
Sensación de quien quisiera,
Solitaria y escondida,
Ignorada, inadvertida,

Ser por la onda arrastrada
De un río espacioso y lento
Que en callado movimiento
Va hacia una mar desolada.

X

Nada que en ella advirtiera
Si algo deseaba o quería,
O por sus ojos dijera
Si sentía o no sentía,
O en sus labios dibujara
El gozo o el sufrimiento,
O del pecho revelara
Deseo oculto y violento...

XI

Nada... el silencio rodeando
A la esfinge misteriosa
Y en torno de ella apagando
El rumor de cada cosa,
El más leve y suave ruido,
Que turbara o impidiera
La tarea silenciosa
Del pensamiento escondido
Que del abismo saliera.

XII

Al fin extiende la mano
A un estuche cincelado
Por orfebre soberano
Que con cincel delicado
Grabó allí trágica escena,
Donde el Odio aprisionado,
Rompiendo dura cadena,
Contra el Amor corre airado.

XIII

De él extrae con cuidado
Un puñal de fino acero
En roja seda guardado,
Y lo contempla un momento,
Porque templarlo quisiera
Con su propio pensamiento
Que horrible virtud le diera;
Y siente entonces que asoma
De la cárcel de su pecho
Un áspid que allí encerrado
Se encontraba aprisionado,
Cual dentro de estuche estrecho...

XIV

De la catedral cercana
En la alta torre, llamando
Al reposo, la campana
Suena, en ondas derramando
Su cansado y lento ruido
Que a lo lejos va expirando
Trémulo, manso, dormido...

XV

"Sonó la hora de la queda,
Dice escuchando, y aún tarda...
Como si el tiempo que rueda
Al abismo no rodara
Para quien inquieta aguarda
Y sus instantes contara..."

XVI

"Don Pedro, desprecio fuera
Del sagrado juramento
Que vuesa merced me diera,
Si llegado este momento
Vuesa merced no cumpliera!"

XVII

"El que no cumple y olvida
Promesa que asegurara
Sitio y hora convenida
¿No es como si se fugara
De este mundo y esta vida?"

XVIII

"Doña María de Almanza,
Aunque pidiera humillada
Favor de la ajena espada
Para ultimar su venganza,
Tiene fuerzas y se alcanza
Por sí sola lo que quiere,
Aunque insidiosa tardanza
Impedirlo pretendiere!"

XIX

Y diciendo, el aposento
Cruza con paso agitado,

Cual si duro sentimiento
En sus entrañas ahogado
Rebosara turbulento
I se levantara alzado.

XX

Mas... en este punto siente
Golpe seco que a la puerta
Con discreto modo llama
Y se repite y reclama
Por movimiento insistente
Que le sea pronto abierta.

XXI

—Don Pedro, sed bien venido.
—Señora, sea servido
Lo que grato a vuestro intento
Fuere.
—Ha rato os esperaba,
Y como aquí no os veía,
Temía... porque temía.

—Señora, por mí lo siento,
Pues que también yo aguardaba
El momento convenido,
Que ansioso mirar llegaba,
—Sóis caballero cumplido.

AMOR DESVENTURADO

I

De su cuerpo todo entero,
Dulce y gracioso incentivo
Se exhalaba y desprendía,
Como un perfume ligero
Que en su aliento la envolvía
Y era razón y motivo
Para que el fiel caballero
Mirara en doña María,
Más que el divino argumento
Del amor que a ella sentía,
Algo que en aquel momento
El alma le trastornaba
Y con loco sentimiento
A sus plantas lo arrojaba.

II

¿Cuándo su rara belleza
Nunca había él contemplado
De modo tal, que embriagado
Al mirarla, la pereza
Como de un vino sentía
Que le llevaba y perdía
En un rapto de terneza?

III

Juguete de su locura,
Sin duda habría querido,
Apurando su ventura,
Arrastrarse ahí vencido
Y de sí mismo olvidado
Y para siempre y postrado
Vivir como enloquecido.

IV

Sí; ella el poder tenía
De ese encanto que arrebata
Y que en copa de ambrosía
Sirve el veneno que mata.

V

Don Pedro la contemplaba
Y sentía, al admirarla,
Que una cuerda se anudaba
A su cuello y le arrastraba
La voluntad, sin que alzarla
Pudiera de donde estaba.

VI

De aquel grato aturdimiento
En que postrado y rendido
Le guardaba prisionero,
Ella le sacó un momento,
Diciéndole con sentido
Y apagado y blando acento:
—¡Mi gallardo caballero,
Mi caballero cumplido!
—¡Mandad, señora, y que pueda,
Respondió don Pedro ufano,
Parar con robusta mano
De la Fortuna la rueda
Por serviros, si ordenáis
Que ni a la Fortuna ceda
Lo que a mi esfuerzo obligáis!

VII

Un violento y repentino
Silencio cortó en la boca
De ella la voz, y con fino
Sentido escuchó... diciendo
Luego:
—¿No oís que alguien toca,
Como llamando, a la puerta?
—¿De que oísteis estáis cierta?
—Aunque fué ilusión, entiendo
Que lo fué de quien quisiera
Ver a alguien y mucho espera...
—Señora, aún no os comprendo.

VIII

Don Pedro, al oirla, siente
Una aguda mordedura
Que le hiere y le tortura
Y que arroja de repente
En el vaso de dulzura
Negra gota de amargura.

IX

—Pero, decid, ¿quién pudiera
Ser a esta hora esperado
Y esa ilusión mantuviera
Al umbral de vuestra puerta?
—Bien sabéis que ella está abierta
Para don Luis de Almenara
Y que otro nunca entraría,
Aún de llave bien armado
O que a fuerza lo intentara.
—¿Y por qué don Luis vendría?
—Vos a buscarle habéis ido,
Y supongo que sabréis
O a lo menos sospechéis
Cuál vuestra intención ha sido,
Si luego aquí le veréis,
Para haberlo aquí traído...

X

El diálogo interrumpiendo,
Ella le mira a los ojos,
Y él las miradas sintiendo
Que, como dardos de enojos,

Vánle el corazón rompiendo,
En actitud suplicante
Ordena a sus pensamientos
Ir a postrarse delante
De los pies de ella y de hinojos
Humillar sus sentimientos.

XI

Al verle así, ella mirando
Le queda y como ahondando
Con insistente mirada
En aquella alma angustiada
Que por su amor suplicando
Se halla a sus pies degradada.

XII

Como dama bien nacida
Y que mirara a la altura
Donde sus ojos pusiera
Siempre que al amor pidiera
Su deliciosa ventura,
Aunque humillada y vencida

Ahora, ver no podía
Sin repugnancia en el suelo
Arrastrarse a quien quería
Por ella escalar el cielo.

XIII

Huye Amor de quien se abate
A mendigar sus favores,
Porque, señor de señores,
Como es y de suma alteza,
No acepta que se le trate
Con humillada bajeza
Que rebaje sus favores.

XIV

No anda Amor entre villanos
Que por instintos groseros
Saben de goces livianos,
Sino que en más alto estado
Gusta ir entre caballeros
Y de damas regalado
Ser uno entre los primeros.

XV

Deja el punto acompasado
De la danza palaciega
Rubio paje atormentado
De la pasión que le ciega,
Y por sendero florido
Busca a la luz de la luna
El pabellón escondido,
Donde Amor dulce fortuna
Ofrece al que denodado
Va al alcázar conquistado,
Sin cuidarse valeroso
De quien pudiera celoso
La puerta haberle cerrado.

XVI

Al pie de la alta ventana
Del orgulloso castillo
Canta su canción galana
Trovador afortunado,
Pidiendo a la noche obscura
Se cambie en alba temprana
Con luz de sol de hermosura,

Y la bella castellana
Que en su camarín dorado
Oye el canto apasionado,
Ordena alzar el rastrillo
Y a entrar le invita al estrado
Donde Amor fueros allana.

XVII

Caballero que volviera
De la alzada morería
Y que vencedor trujera
Mucha honra de compañía,
Osado arroja su espada
A los pies de altiva dama,
Por saber si consiguiera
Honra que por Amor dada
Muy mucho que le valdría,
Y el duro hierro lucía
Con brillante y viva llama
Que en la hoja bien templada
Ella al mirarlo encendía.

XVIII

Sea por dulces enredos
O por hazañosos hechos,

Con anillos en los dedos
O corazas en los pechos,
Por atrevidas franquezas
O artificiosos remedos,
En caminillos de flores
O campos de abiertos trechos,
Amor no juega de amores
Entre faldillas de rueda
Sino exigiendo favores
Vestido de hierro y seda.

XIX

Mal, pues, le hallara de amigo
Don Pedro, cuando pidiera
Bajo disfraz de mendigo
Lo que si altivo exigiera
Mejor tal vez consiguiera.

XX

De la caja cincelada
Extrae doña María
Otra vez el fino acero

Que allí guardado tenía,
Y la charla interrumpida
Reanuda con voz sentida
Y en estilo lisonjero.

XXI

—¿Qué os parece, por ventura
De esta hoja toledana
Con que cierto caballero,
Atento al bien que procura
Amor fino y verdadero,
En ocasión muy cercana
Ganar fortuna pudiera...
Si manejarla supiera?
—¿Quién, señora, ese regalo
Os hizo para mostraros
Su genio atrevido y malo,
O bien para aconsejaros
De peligro en casos raros...
Señora, me lo diréis?
—¿Don Pedro, no lo sabéis
O no lo habéis presumido?
—Un amigo conocido
Que hace algún tiempo no véis
Tal vez pudiera haber sido.

—No lo váis a adivinar,
Aunque gastéis mucho empeño.
—¿Quién os pudo regalar
Sino quien fué vuestro dueño?
—Por lo que decís, ya veo
Que os váis de nuevo a encontrar
Con don Luis, por el deseo
Que tendréis aún de dar
A la espada buen empleo...

XXII

Con la sensación de un frío
Que suspende y cambia en hielo
Todo el calor de la vida,
Siente don Pedro abatida
La fuerza y el vivo anhelo
De su pasión desmedida;
Mas, repónese al instante,
Y la fría indiferencia
Fingiendo de que un amante
No olvida la fina ciencia,
Sigue la charla adelante.

XXIII

—Vuesa hermosura podría,
Por un fino testimonio
De graciosa simpatía,
Decirme quien...
—Sí: un demonio,
Con quien hice compañía
De pecados, me dió un día
Esta daga, que pudiera,
Me dijo, ser compañera
De la desventura mía,
Y ayudarme y protegerme,
Si el caso llegado fuera
En que debiera valerme
De ella. Véis que es instrumento
Tan fino, tan delicado,
Que en el preciso momento,
Sin hacer esfuerzo vano,
Podría ser manejado
Hasta por mi débil mano.
—El caso más me interesa,
Señora, pues que no alcanzo
A descubrir vuestro intento
Ni de qué manera reza

Con mi fortuna ese cuento,
Donde ignoro qué papel
Me haya sido reservado
En lo que pensáis...
—De él
Luego sabréis más, pensando
En que, si don Luis llegara
Ahora mismo, aquí, aceptando
La cita a que le he llamado,
Quién sabe si me pagara
Las cuentas de su pecado,
Es decir, si me mandara
El demonio algún recado
Para que cuentas cobrara.
—Señora, voy entendiendo...
—Mas, don Pedro, no temáis
Que, ni aún en caso extremado,
Como ya lo estáis temiendo,
Vaya a exigiros ayuda.
—Señora, si vos mandáis,
Como lo he dicho y jurado...
—Para exigir y cobrar
Cuenta tan larga y pesada,
En buen momento, sin duda,
Vendrá el demonio a ayudar.
—Pero, señora, sabéis

Que siempre de vuestro lado
Me vísteis y me veréis.
—¿Oís?... Alguien ha tocado...
A mi alcoba retiráos,
Sin esperar... Ha llegado
El momento deseado...
Idos... Os digo... Alejáos;
Porque ya don Luis espera
Y sabéis de qué manera
Es exigente y osado...

XIV

Ante el gesto amenazante
De ella, don Pedro en la frente
Siente que el chicote duro
Del domador le azotaba,
E inseguro, vacilante,
Como un beodo, un demente,
Se retira al fondo obscuro
De la alcoba, que cerraba
Pesado tapiz colgante,
Detrás del cual él podía
Acudir, si ella llamaba
Y su brazo requería.

LA TRAGEDIA

I

Don Luis entró, y mal quisiera
Con soberbia gallardía
Sostener la altiva traza
Con que siempre mantuviera
Su brillante altanería
De conquistador de raza...

II

Algo nunca imaginado
Por su vivo atrevimiento,
Suspenso, maravillado,
Le detuvo allí un momento,
Cual si permiso pidiera
Para entrar de tal manera.

III

Esa luz de tarde triste
Que vió cuando se ponía,
Pidiendo a la noche obscura
La sombra de que se viste,
Era ahora sol que nacía
Y sus rayos de hermosura
Alrededor repartía.

IV

La vió, y al verla sonriente,
Como entre hojas y flores
Rosa embriagando el ambiente
Con enervantes olores,
La palabra que tenía
Para saludarla ahora
Con el nombre de "María"
Tornóse al punto en "señora",
Que mejor le convenía.

V

Se acercó a ella, y ya ansiaba
Con besos estremecidos

Borrar en sus rojos labios
Aquellas que imaginaba
Quejas de tantos agravios
Tantas veces repetidos;
Mas, ve que ella le indicaba
Sitial cómodo y holgado
Donde asiento regalado
Tomara, si le agradaba.

VI

Tal dignidad y firmeza
Con sus armas defendían
El acceso del camino
Al encantado y divino
Alcázar de su belleza,
Y de tal suerte imponían
Que más que valiente, osado,
Y más que osado, atrevido,
Fuera aquel que pretendiera
Sin astucia o concertado
Cerco, a tiempo suspendido,
Asaltarla desde fuera.

VII

Licenciado de mil mañas
Y en sabias aulas graduado
Y que sabe que en hazañas
De amor suele ser mellado
Instrumento el de la espada,
Cuando en un campo cerrado
Hay defensas de estacada,
Don Luis al punto el liviano
Deseo ansioso contuvo
Y sus ímpetus retuvo
Con ferrada y dura mano,
Esperando que estuviera
La casa menos guardada
O que acaso descuidada
El asalto consintiera.

VIII

Era sin duda muy raro
Caso el que se le ofrecía
Ahora y por vez primera,
En que sólo y sin reparo
Reducido se veía

A no hacer lo que quisiera
Sino a hacer lo que quería
Quien allí, por ser quien era,
Bien ordenaba e imponía.

IX

Cuando en bastión conquistado,
Con autoridad de dueño,
Podía andar desarmado,
De improviso y como en sueño
De sorpresa, aprisionado
Mírase y como vencido,
Sin atreverse a partido
En caso tan extremado.

X

¿Qué demonio tan extraño,
Como en la red de un encanto
Le encerraba por su daño,
Y en tal situación que cuanto
Para salir de ella hacía
Sólo era torpe porfía
Que más y más le humillaba
Y del trance en que se hallaba
Salir aún más le impedía?

XI

Alzarse hubiera querido,
Y por deshacer enojos
Y ofrecer a sus antojos
Cauce abierto y extendido,
Aprisionarla en sus brazos
Y devorarle en pedazos
El corazón encendido...

XII

Pero, la mirada fría
De ella, una mirada
Que helaba cuanto veía
Y al mismo tiempo encendía
Un insaciable deseo
En el alma despechada
Por el torpe devaneo,
Levantarse le impedía.

XIII

El silencio un largo instante
Entre ambos puso distancia
Que la soberbia jactancia

De él a salvar no alcanzaba,
Aunque en mísero e irritante
Estado así se miraba.

XIV

¿Acaso había olvidado
Durante su larga ausencia
Aquel arte consumado
De que él hacía presencia
En todo caso apurado?

XV

Mas, al fin doña María
Que, dueño de sí, sabía
Muy bien donde él se encontraba
Y de que daño sufría
Y de que trance cerrado
Salvarse ya no podía,
Cual si se viera ahogado
En mansa y honda corriente
En que asidero no hallaba,
Acudía diligente
Y del peligro creciente
Por su mano le salvaba.

XVI

—Largo ha sido vuestro viaje,
Don Luis. Si ya yo pensaba
Que tal vez un duro ultraje
Del destino traicionero
Tristemente os arrastraba
Lejos, quizás prisionero
De alguna tribu salvaje.
—Señora, mal pensamiento
Teníais de mi destino,
Y como el pensarlo sea
Querer del que lo desea
Al oíroslo no atino...
—Alguien me trajo ese cuento,
No sé quién...
—Ya me imagino
Como ése imaginaría
Con necia y vana alegría
Y mal solapado intento
Que yo nunca volvería
Ya a contemplar el divino
Sol en mi triste camino.
—No sé lo que él pensaría,
Aunque tal vez no llorara

Vuestra suerte desdichada.
—¿Y cuál era el fin decía
De esa trágica jornada?
—¿El fin? Si aún no llegara,
Aunque bien lo imaginara
Quien, atento a vuestro estado,
Por entre sendas obscuras
Os seguía, y desdichado
Os miraba, torturado
Por las pálidas figuras
Que surgían de un pasado
De desgraciadas locuras
Y a cobraros acudían
Sus amargas desventuras...
—Señora, fúnebre el cuento
Va...
—Sin duda y más mirando
Que entre tantas que os seguían
Sin descanso, sin aliento,
Y siguiendo os maldecían,
Iba yo y os alcanzaba...
—¿Y acabó el cuento, contando
Que yo a vuestros pies quedaba?
—No pienso yo que acabara
Allí o que su fin hallara
En lo que ya estáis pensando...

—Pensando en que al fin os veo
Cual erais cuando os veía
Otro tiempo, en que reía
El sol de alegre mañana
Encendiendo mi deseo,
Y no como sombra vana
De pasado devaneo
Y que siempre me seguía...
—Pero, ¿acaso estáis seguro
De que era yo quien andaba
Tras de vos y en tan obscuro
Camino otra no os buscaba?

XVII

Calló don Luis un momento,
Sintiendo un vago ruido
Que no escuchaba el oído
Mas que oía el pensamiento,
Como de extraño jadeo
De una lucha del deseo
Solamente contenido
Por prudente sentimiento.

XVIII

Miró entonces a los ojos
Que en los suyos se fijaban
Y que ardientes derramaban
Lumbre de torvos enojos
Que entre sombras se agitaban,
Y algo de extraño y terrible
Le pareció que advertía,
Mas que sólo parecía
Forma vaga en lo invisible.

XIX

Sí; entre los dos se arrastraba
Un monstruo cuya silueta
Apenas si se mostraba
Y que en actitud inquieta
Y amenazante callaba.

XX

No era comedia de amores,
No, aquella que imaginara
Don Luis, y en la que pensara

Ser entre alegres actores
Quien mejor papel llevara,
Sino que rudo problema
De obscuro y trágico drama,
Por cuya medrosa escena
Los dos juntos caminaban,
Rompiendo violenta trama,
Hacia un fin que ya tocaban.

XXI

Si un instante soñar pudo
Que alcanzaba del placer
La cumbre a donde subía,
Ahora el rostro sañudo
De un monstruo creía ver
Que de la sombra salía
Y entre los dos se movía,
Demonio, trasgo o mujer.

XXII

Todo eso pasó un momento
Por su frente enardecida,
Como una imagen vestida
Por negro presentimiento,

Pero que ella, cual si fuera
Endemoniada hechicera
Que con las sombras jugara
Y con las luces mintiera,
Disipó al punto que hablara.

XXIII

—Sigamos, don Luis, el cuento
Que hace apenas un instante
Dejamos interrumpido,
Cuando, arrebatada amante
Que buscaba el bien perdido,
Yo os seguía y os seguía
Y alcanzáros conseguía.
—Señora, burláis conmigo.
—¿Qué diréis, don Luis, si os digo
Que el principio de ese cuento
Recordéis... triste argumento
En que un burlador burlando
Tejía tan fina trama
Para enredar el pecado
Que la que en ella iba entrando,
Sin saber dónde pisaba,
Salida ya nunca hallaba...

—María, no recordéis
Lo que fué...
—Si no queréis...
—No; dejadme que abrasado
De este fuego que me inflama
Y vos habéis encendido,
Busque para mí el perdido
Placer...
—No; que en esa llama
Ya en paveza consumido
Todo fué, y aún fementido
Pretendéis...
—¡Sí... ¡sí!... ¡María!
¡En vuestros brazos!
—¡Dejadme!
—¡Permitidme y condenadme
Después, por sentencia impía,
Al infierno; mas, que os vea
Siquiera un instante mía!
¡Así!... ¡Así!
—¡Bien!... ¡que sea!
—¡Ay!... ¡qué habéis hecho!
—¡Demonio!
Ya véis como os he cumplido
El juramento que os diera
Con mi sangre mantenido

En letra de testimonio,
Y por el que os prometiera
Que, si vivo me lo dábais
Alguna vez, algún día,
Y a mi venganza ayudábais,
Muerto os lo devolvería. . . !

EL BOQUERON DEL RIO

I

Débil penumbra envolvía
La estancia triste y severa,
En la que ya se extinguía
De la lámpara en que ardía
La trémula luz postrera.

II

Todo en la sala temblaba
A la lumbre vacilante
Que en el techo dibujaba
El perfil vago y cambiante
De un monstruo que retrataba.

III

Por los tapices del muro
Que en la sombra se movían
Levemente sacudidos,
Como en horrible conjuro
Cien demonios ascendían,
Apiñados, desunidos,
Y en seguida se perdían,
Dispersos o confundidos.

IV

De un delirio tal vez eran
Las formas, que en caprichoso
Desorden así salieran
Del cerebro tormentoso
En que deformes nacieran.

V

Acaso extraños reflejos
De agitado pensamiento
Que en los pulidos espejos
Extraña vida y aliento
Tomaban y movimiento

VI

Hondo y pausado asesido,
Como de cansada fiera
Que su presa ha consumido,
Era el único ruido
Que allí apenas si se oyera.

VII

Doña María miraba
El cuerpo que amortajaba
Don Pedro, como buscando
En su rostro aquella vida
Que, por verla ya extinguida,
Su venganza no saciaba.

VIII

"Pero, su alma ha huído
Donde la sed que me abrasa
De verle calmar no puedo",
Dice, y con loco sentido
Fija la mirada dura,
Buscando en la sombra obscura
El lugar donde se ha ido...

IX

Negro y estrecho sendero
Sus desencajados ojos
Sólo miran y en el fondo
Horrible derrumbadero,
Precipicio abierto y hondo,
Donde en revueltos despojos
Todo cae y se precipita,
Cual si allí se diera cita
En trágica confusión
Cuanto de la vida fuera
Halago, ilusión, quimera
Y gloria del corazón.

X

"¡Sí... allá!" en su pensamiento
Exclama, como sintiendo
Que la llaman, y al momento
A don Pedro la mirada
Vuelve inquieta y agitada
Y le habla con sordo acento.

XI

—No habéis aún terminado,
Don Pedro, vuestra tarea,
Y parecéis fatigado,
Como si quien os emplea
Fuerza os hubiera quitado.
—Perdonad, que es la primera
Vez que yo amortajo a un muerto,
Que me parece que viera
Todavía, aunque, de cierto,
De nuevo al veros muriera.
—¡Vamos! que ya va avanzada
La noche y se acerca el día,
Y no fuera bien pensada
Resolución la que habría
De ver la noche pasada.

XII

De don Luis el cuerpo yerto
Don Pedro de la Reguera
Cargó y con el paso incierto
Salió, como si saliera
Sin saberse vivo o muerto.

XIII

Adonde iba no sabía,
Si bien mal lo recordaba,
Y caminaba y seguía
Por donde le conducía
Quien su paso encaminaba.

XIV

¡Confusión extraña y triste
La del crimen, arrastrada
Turbación, de cuanto existe
Torpe cambio, en que abrumada
Marcha el alma consternada!

XV

A cada paso que daba
Y que apenas si ya andaba,
Sentía o le parecía
Que aquel cuerpo le abrumaba
Más y más y le rendía.

XVI

Cirineo del delito,
Iba don Pedro ayudando
Al demonio y dél cargando
La cruz y el peso infinito
De la carga soportando.

XVII

"Oh! maldito aquel momento,
Dice, en que a honda encrucijada
Del infierno fué arrastrada
Por impío juramento
Mi alma desventurada!"

XVIII

¡Ay! entre ella y él había
Este cadáver sangriento
Que, aunque ya hablar no podía,
Con su rostro macilento,
Porque no hablaba, decía!

XIX

El terror que le embargaba
Los miembros a cada instante
A pararse le obligaba,
Como buscando anhelante
La fuerza que le faltaba.

XX

—Ya veo que no podéis,
Díjole doña María,
Llevar la carga y queréis,
Por la fuerza que perdéis,
Que os ayude con la mía.
—¿A dónde tan lejos vamos?
Si se puede preguntar,
Que ya está bien que sepamos
El lugar en que pensamos
Este envoltorio dejar.
—¿No os lo dije... y tan turbado
Estáis, por lo que voy viendo,
Que ya hasta habéis olvidado
Que por sendero obligado
Vamos el camino haciendo?

—¡Ah! sí: el Boquerón del Río,
Dijísteis, donde la gente
Cree que se halla el sombrío
Y revuelto recipiente
Del infierno... ¡Dueño mío!
Ayudadme, porque siento
Que la fuerza no me alcanza!
—¡Hombre vil de pensamiento
Y de cuerpo, que si avanza
Retrocede, y en su intento
Mejor por su bien huyera
De cumplir su juramento
Que como hombre lo cumpliera!
—¡No sé; pero, no quisiera
Sentir lo que ahora siento!
—Bien, pues, ya os voy ayudando,
Aunque no está muy distante
Esa boca amenazante,
Donde el demonio aguardando
Nos espera en este instante.

XXI

"Al fin... ya hemos llegado".
Uno al otro se dijeron,

Y bajo sus pies sintieron,
En el vórtice, angustiado
Sollo, y se estremecieron.

XXII

De don Luis el cuerpo inerte
Quiso don Pedro allí mismo
Arrojar en el abismo...
Mas... el frío de la muerte
Por extraño paroxismo
Heló su sangre y la vida
Pareció que le quitaba...
Pues la cuerda que amarraba
El cadáver, retorcida
sobre él, también le llevaba...

XXIII

Gritó... mas, al ronco acento
De su voz casi apagada
Respondió la voz airada
De ella, que en golpe violento
Detrás de él iba arrastrada...

XXIV

"¿No sienten vuestros oídos
El rumor sordo y eterno
Que a él, tú y yo reunidos
Nos llama a estar siempre unidos
En el fondo del infierno?"

XXV

Violento y fiero rugido
De maldición y de espanto
Se oyó después, y aquel ruido
Luego se cambió en gemido
De acerbo y eterno llanto.

FIN

INDICE

	Páginas
Preludio	9
El Carnaval	11
Noche Obscura	27
Miserere	32
Don Luis de Almenara	40
Noche de Jueves Santo	54
Doña María de Almanza	63
Romance de Primavera	74
Rosa de Verano	83
Funesto Amor	90
Mañana de Invierno	95
Don Pedro de Reguera	104
Mensajero de Perdición	123
Reminiscencias	136
La Expectativa	147
Amor Desventurado	157
La Tragedia	172
El Boquerón del Río	187

